

ANTONIO ESPINO LÓPEZ*

ECOS DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA Y AFORISMOS MILITARES
EN LOS CRONISTAS DE LA CONQUISTA DE MÉXICO

RESUMEN

En este trabajo se pretende analizar no solo el uso de fuentes de la Antigüedad clásica presentes en las crónicas de Indias, en especial aquellas dedicadas al caso de la conquista de México, sino también la aparición de una serie de aforismos de contenido militar que, en el fondo, eran una muestra de la ideología bélica propia de una época de transición entre la Baja Edad Media y el Renacimiento. Se comprueba cómo se asimila la figura de Hernán Cortés a la de otros grandes generales de la Antigüedad; todos ellos modelos del “perfecto general”, y, al mismo tiempo, cómo se sublimaba al personaje, pues se consideraba que su conquista no tenía parangón.

Palabras claves: América, México, siglo XVI, Cronistas, Conquista, aforismos militares, Antigüedad clásica, Renacimiento

ABSTRACT

This work analyzes not only the use of Classical antiquity sources present in American chronicles, especially those dedicated to the Mexican conquest, but also the appearance of a series of military aphorisms, that at its core were a show of a military ideology typically found during the transition between the Late Middle Ages and the Renaissance. This confirms how the figure of Hernán Cortés resembles the other great generals from the Classical world; all models of the “perfect general” and, at the same time, how he is ennobled since his conquest is considered unparalleled.

Keywords: América, México, sixteenth century, conquest, chroniclers, military aphorisms, Classical antiquity, Renaissance

Recibido: mayo 2021

Aceptado: septiembre 2021

* Doctor en Historia Moderna (1994) por la Universidad Autónoma de Barcelona. Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Barcelona. Correo electrónico: antonio.espino@uab.cat

INTRODUCCIÓN

La cuestión de las reminiscencias clásicas en la literatura cronística de Indias es una temática conocida¹, pero creemos que lo es mucho menos la evaluación de lo que podríamos considerar la presencia de aforismos militares asociados a la misma. En este trabajo, nos proponemos indagar su existencia en los escritos de los cronistas –fijando como límite cronológico la crónica de Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano*²–, incluido el propio Hernán Cortés, que se interesaron por la, quizá mal llamada conquista de México. Debido a esto podríamos evaluar dicho proceso como la invasión del Anáhuac por la hueste voluntaria liderada por el caudillo extremeño, quien contó con la ayuda inestimable de toda una nómina de aliados aborígenes³. O, en otras palabras, la guerra de conquista del Imperio mexica a manos de sus enemigos mesoamericanos, quienes gozaron del apoyo de una elite militar extranjera, cuyo *ethos* bélico, se entronca de manera directa con la guerra medieval (tal y como se practicó en la Península Ibérica) y con los modelos narrativos⁴

¹ Sirvan de ejemplo los trabajos de Winston A. Reynolds, *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro*, Madrid, Editora Nacional, 1978; Jaime González, *La idea de Roma en la historiografía indiana (1492-1550)*, Madrid, CSIC, 1981; Juan Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento*, 3 tomos, Madrid, Alianza Editorial, 1989; Stelio Cro, “Los cronistas primitivos de Indias y la cuestión de antiguos y modernos”, en *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Berlín / Frankfurt, Editorial Vervuert, 1989, pp. 415-424; David Brading, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993; Teodoro Hampe, “Reminiscencias clásicas en la *Historia del Perú* de Agustín de Zárate (1555/1577)”, en *Estudios Humanísticos. Historia*, n.º 13, León (España), 2014, pp. 35-60.

² La obra de este cronista fue publicada en Madrid por Juan Flamenco en 1601. Sobre la figura de Antonio de Herrera y la historiografía de su tiempo, María del Carmen Martínez Martínez, “*Pro defensione veritatis*: Antonio de Herrera, Cronista Mayor de Indias”, en *e-Spania: revue interdisciplinaire d'études hispaniques médiévales et modernes*, n.º 18, Paris, 2014. Disponible en: <http://journals.openedition.org/e-spania/23687> [fecha de consulta: 15 de abril de 2021].

³ Sobre la guerra de conquista de México, en los últimos años han aparecido diversas obras de interés: M. Kathryn Brown & Travis W. Stanton (eds.), *Ancient Mesoamerican warfare*, Walnut Creek, AltaMira Press, 2003; Isabel Bueno Bravo, *La guerra en el imperio azteca. Expansión, ideología y arte*, Madrid, UCM, 2007; Michel Oudjik & Laura Matthew, “Mesoamerican Conquistadors in the Sixteenth Century” in Laura Matthew & Michel Oudjik (eds.), *Indian Conquistadors: Indigenous Allies in the Conquest of Mesoamerica*, Norman, University of Oklahoma Press, 2007, pp. 28-64; Marco A. Cervera Obregón, *El armamento entre los mexicas*, *Anejos de Gladius*, n.º 11, Madrid, CSIC / Ed. Polifemo, 2007, pp. 1-193; Antonio Espino, *Vencer o morir. Una historia militar de la conquista de México*, Madrid, Desperta Ferro, 2021. Sin olvidarnos de otros textos que ya son clásicos, tales como: Ross Hassig, *War and Society in Ancient Mesoamerica*, Los Angeles, University of California Press, 1992; Ross Hassig, “The Aztec World”, in Kurt Raaflaub & Nathan Rosenstein, (eds.), *War and society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe and Mesoamerica*, Cambridge (Massachusetts) / London, HUP, 1999, pp. 361-387; Hugh Thomas, *La conquista de México*, Barcelona, Planeta, 2021 [1994].

⁴ Felipe González Vega, “Guerra y narración: ensayo sobre el relato bélico en la literatura latina del Renacimiento”, en Jesús Luque, María Dolores Rincón e Isabel Velázquez (eds.), *Dulces camenae. Poética y poesía latinas*, Jaén-Granada, Sociedad de Estudios Latinos / Universidad de Granada, 2010, pp. 991-1005. En opinión del profesor González Vega, las nuevas pautas de estilo y narración de la escritura de corte político, y de la propaganda, en el Quinientos surgen de las aportaciones de Petrarca y de Leonardo Bruni, apoyándose en la autoridad antigua y en la *imitatio* literaria, además de en los *exemplum*. Los poemas épicos de Virgilio o Lucrecio, además de la narración histórica de Tito Livio, fueron modelos de enorme éxito.

de la Antigüedad clásica⁵. Sin perder de vista como, antes de que Nicolás Maquiavelo señalara la importancia del arte militar de los antiguos, en el ambiente intelectual de mediados y finales del Cuatrocientos ya circulaba la idea de lo útil que era para la formación militar del momento el conocimiento del pasado. Es lo que observamos en una carta de Pedro Mártir de Anglería a fray Hernando de Talavera (1488), cuando le dice: “conviene al que se consagra a la milicia estar bien instruido en los ejemplos de los antiguos cuando parte para la guerra”⁶.

De hecho, a nivel teórico, el *ethos* militar castellano de la Baja Edad Media contaría con diversas traducciones de los clásicos militares del siglo XIV como el famoso *Arbre des batailles* (1386-1387) del benedictino Honoré Bouvet, una especie de manual de derecho de la guerra inspirado en la obra del jurista italiano Juan de Legnano, *De bello, de represaliis et de duello* (1360)⁷, que fue vertido al castellano en 1447. Su posible traductor fue mosén Diego de Valera, autor a su vez de otras muchas obras importantes para la temática a la que nos referimos: *Cirimonial de príncipes y cavalleros* (c. 1449); el libro de las *Preeminencias y cargo de los oficiales de armas* o un *Tratado de las armas* (escrito hacia 1462-1465 e impreso en 1500). Aunque para Ángel Gómez Moreno, el intérprete fue en realidad Alonso de Zorita⁸. Lo más probable es que hubiese dos traducciones diferentes. El *De militia* de Leonardo Bruni fue vertido al castellano con el título *Tratado de la caballería* en 1458 por un traductor anónimo. Alonso de Cartagena escribió su *Doctrinal de los cavalleros* hacia 1444 y contó con dos impresiones antes de finalizar el siglo, las dos en Burgos, realizada la primera por Fadrique de Basilea en 1487 y, la segunda, un decenio más tarde (1497), bajo el cuidado del impresor Juan de Burgos. Por su parte, Alonso Fernández de Palencia, escribió primero en latín y luego tradujo su *Tratado de la perfección del triunfo militar* (1459); mientras que Diego Rodríguez de Almela redactaba su *Compilación de las batallas campales*, obra impresa en 1487, si bien ya había compuesto en 1482 un *Tratado de la guerra*. Alonso de Cartagena, en el prólogo de su *Doctrinal de los cavalleros*, admite que desde la Antigüedad los caballeros no solo debían cuidar de su pericia física, sino también de su formación intelectual, “trabaio de ciencia” en palabras del autor, y esta se adquiere por tres vías: las obras de los teóricos de la guerra –aquí el referente, citado en el texto, es Flavio Vegecio–, las crónicas y las ordenanzas militares.

Para Alonso de Cartagena, los escogidos poseerán la nobleza de la hidalguía si disponen de, y ejercen, cuatro virtudes básicas, a saber: cordura, fortaleza, medida y

⁵ Al respecto, véase la notable bibliografía recogida en Víctor Muñoz Gómez, “El ideal militar hispánico: una propuesta sobre transferencias socioculturales y literarias de la Castilla Medieval a la conquista española de América”, en *Medievalismo*, n.º 29, Murcia, 2019, pp. 323-354.

⁶ Citado en Pedro M. de Anglería por José Antonio Maravall, *Antiguos y modernos*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, p. 538.

⁷ Philippe Contamine, *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, Ed. Labor, 1984, pp. 155 y 343.

⁸ Citado por Ángel Gómez Moreno, “La caballería como tema en la literatura medieval española: tratados técnicos”, en *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez*, Madrid, FUE, 1986, tomo II, pp. 311-323, en especial p. 317.

justicia. Y si bien la experiencia directa del manejo de las armas solo puede aprenderse durante la guerra, en los momentos de sosiego, en especial en las horas de la comida, el caballero hará bien si se hace leer: “las [h]istorias de los grandes fechos de armas que los otros fizieran, e los sesos e los esfuerços que ovieron para saber vencer e acabar lo que querían. E allí do non avia tales escrituras faziángelo retraher a los cavalleros bunos e ancianos que en ello se acertaron”⁹. Una recomendación que no caería en saco roto. En el *Amadís de Gaula*, por ejemplo, leemos como “Don Galaor, que con el hermitaño se criava [...] hizose valiente de cuerpo y membrudo; y siempre leya en unos libros que el buen hombre le dava de los fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron”¹⁰. *El tratado de la perfección del triunfo militar* (1459) de Alonso Fernández de Palencia, es una obra alegórica que el autor escribiría tras una intensa, por su trascendencia intelectual, estancia en Italia. Preocupado por el desastre que significaba toda guerra civil, de entrada, la nobleza debía recuperar sus deberes militares para incrementar el poder de la República, y no para destruirla, preocupándose en exclusivo de sus intereses particulares. La solución era contar con una fuerza militar, preferentemente de infantería, que tuviese como pilares el orden y la obediencia, es decir, la disciplina militar. Además de un mando adecuado, formado tanto por la experiencia directa como por la lectura. Para Alonso Fernández de Palencia, la disciplina militar es la principal de las artes, “porque la libertad humana y peso de la vida consiste en este negocio”. Y, por otro lado, acababa defendiendo el alcance de contar con buenos generales, pues “ejército sin jefe, y un ejército sin capitán buscaría en vano la gloria”¹¹.

Aunque tampoco deberíamos obviar el hecho de la trascendencia que de seguro tuvo la creación de un cierto ideal militar castellano que, desde la figura de Alfonso XI de Castilla arribaría al Trastámara Fernando el Católico, quien alcanzó un gran prestigio militar por su implicación en acciones de combate desde la década de 1460 y 1470, hasta decantarse más adelante por labores de coordinación y supervisión de las operaciones. Tal como escribe Víctor Muñoz Gómez:

“El pulso entre estos dos perfiles del *ethos* caballeresco que venía definiéndose durante el final de la Edad Media, el del esfuerzo y el riesgo y el de la prudencia en el cálculo del riesgo al servicio de fines superiores, es bien reflejado en las narraciones tanto de Alonso de Palencia como de Diego de Valera y Fernando del Pulgar en acciones como los cercos de Vélez Málaga, Málaga o Baza”¹².

¿Pudo tener Hernán Cortés mejor ejemplo que el del propio monarca? Porque, ¿hasta qué punto podemos rastrear en las crónicas de Indias la presencia del *ethos* militar

⁹ Alonso de Cartagena, *Doctrinal de los cavalleros*, edición de José María Viña Liste, Santiago de Compostela, PUSC, 1995, p. 38.

¹⁰ Citado siguiendo la edición de Edwin B. Place, Madrid, CSIC, 1959, vol. I, pp. 395 y ss.

¹¹ Citas de Alonso Fernández de Palencia en René Quatrefages, *La Revolución Militar Moderna. El Crisol Español*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1996, pp. 69-75.

¹² Muñoz Gómez, “El ideal militar hispánico...”, *op. cit.*, p. 335.

castellano generado a partir de la historiografía real castellana de los siglos XIV y XV por encima de otras fuentes? O, dicho con otras palabras, el debate entre prudencia y temeridad propio de los tratados *de re militari* latinos (o bien traducidos a las diversas lenguas vernáculas) que circularon los siglos previos a la conquista de las Indias, “¿puede sondearse de algún modo en las fuentes disponibles como un espejo para los capitanes que protagonizaron las empresas de conquista en el Nuevo Mundo?”¹³. Esta cuestión, formulada por Víctor Muñoz Gómez, se nos antoja como muy pertinente. En las páginas que siguen daremos una respuesta afirmativa a partir de lo que podríamos considerar como aforismos militares.

Tema aparte sería, por supuesto, el análisis de toda una nómina de alegorías o mitos ético-políticos del mundo clásico, utilizados de manera tan frecuente en la Época Moderna, pero desde una perspectiva que iría más allá del mero ejemplo a la manera como fueron interpretados por Reinhart Koselleck¹⁴. Una cuestión muy interesante, pero de la que no nos ocuparemos en esta ocasión.

LA RUEDA DE LA FORTUNA¹⁵

Sin duda, no solo la cuestión de la Fortuna, sino también la alteración del Destino cuando aquella cambia o muda a su favor o en su contra, fue uno de los argumentos más recurrentes en los escritos de los cronistas de Indias. De tradición más que centenaria en el caso del Humanismo italiano¹⁶, los autores castellanos descubrieron, por no decir redescubrieron, ciertas temáticas algo más tarde, aunque en pleno siglo XV¹⁷. De modo que los escritos de Alonso de Cartagena¹⁸, Diego de Valera o Martín Alonso de Córdoba estaban vigentes entre la generación que comenzó a viajar a las Indias a partir de 1492. Y, por supuesto, no podía faltar la idea de la Fortuna asociada a las grandes empresas

¹³ *Op. cit.*, pp. 335-336.

¹⁴ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

¹⁵ Sobre la iconografía de la rueda de la Fortuna, existe una imagen que el filósofo Boecio realizó por vez primera en su *De consolazione philosophiae*, véase Carles Sánchez Márquez, “‘Fortuna velut luna’: iconografía de la Rueda de la Fortuna en la Edad Media y el Renacimiento”, en *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, vol. 17, Los Ángeles, 2011, pp. 230-253.

¹⁶ No debemos olvidar, aunque no entremos en ese debate ahora, aportaciones como las de Jacques Le Goff en su última obra, para quien cabría percibir un “long Moyen Âge, débordant sur les XVIe siècle, et une Renaissance précoce, s’affirmant dès le début du XVe siècle”, en Jacques Le Goff, *Faut-il vraiment découper l’histoire en tranches?*, Paris, Seuil, 2014, p. 135.

¹⁷ Josué Villa, “Afrontar el destino: fortuna, providencia y moralidad en los tratados castellanos de la Baja Edad Media”, en *Erasmus*, n.º 3, Valladolid, 2016, pp. 157-180. Asimismo, sobre el desarrollo intelectual de la Providencia Divina y los diversos providencialismos utilizados por Hernán Cortés, véase Beatriz Gutiérrez Mueller, “‘Quiso Dios’ o ‘acordé y me determiné’: voluntad divina o libre albedrío de Cortés en la Segunda relación”, en *Revista de Literatura*, n.º 157, vol. I, CSIC-Madrid, 2017, pp. 17-39.

¹⁸ Sobre el autor, véase, Luis Fernández Gallardo, “Alonso de Cartagena y el debate sobre la caballería en la Castilla del siglo XV”, en *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III, Historia Medieval*, n.º 26, Madrid, 2013, pp. 77-118.

militares. No en vano, Hernán Cortés, en su *Segunda carta de relación*, se hizo eco del famoso aforismo “La Fortuna ayuda a los osados”. En concreto, el caudillo extremeño no solo no deseaba mostrar flaqueza ante sus aliados aborígenes, sino tampoco a los ojos de sus propios hombres, quienes debían ser estimulados merced a un poderoso argumento: la conquista concluiría con una clamorosa victoria gracias a la bondad divina.

Pero, sin duda, el de Medellín recordó el aforismo para rememorar en su escrito a Carlos I cómo sacó fuerzas de la flaqueza y pudo mantenerse en campaña poco después de la terrible huida de México-Tenochtitlan, la espeluznante “Noche Triste” del 30 de junio al primero de julio de 1520, en la que perdió a unos ochocientos de sus compañeros cristianos, dos tercios de sus caballos y unos cuatro mil indios aliados, sin contar las mujeres aborígenes que cuidaban del fardaje¹⁹, citando a todos estos agentes de la conquista en el mismo orden en el que lo hicieron los cronistas. Uno de ellos, Antonio de Herrera, también se hizo eco de la famosa frase de Virgilio en *La Eneida* transformada en aforismo. El momento es extraordinario: tras lograr entrar por primera vez en la gran urbe mexicana, una vez comprobadas la grandeza y riqueza de Tenochtitlan, Hernán Cortés buscaría el sosiego de Pedro de Alvarado y demás compañeros sugiriéndoles no mostrar temor alguno, pues “la fortuna nunca falta a los que con valor emprenden las cosas”²⁰.

Desde la época de Hernán Cortés, la siguiente generación, que se vería obligada a luchar con denuedo en los frentes de guerra europeos, haría de la Fortuna uno de sus argumentos principales a la hora de dotar a los grandes soldados de virtudes esenciales. Basten los ejemplos del maestro de campo Francisco de Valdés y su *Espejo y disciplina militar*²¹, para quien los oficiales “doctos en el arte militar” debían ser, además de otras cualidades como virtuosos o gente de autoridad, “bien afortunados”, atributo que para Francisco de Valdés los griegos y los romanos tenían por infalible. O el del filósofo neostoico, filólogo e historiador flamenco Justo Lipsio (1547-1606), quien en el libro quinto de sus *Políticas*, como se conocerían en España –*Politicorum sivi civilis doctrina libri sex*²²–, un texto traducido por Bernardino de Mendoza y publicado por primera vez en castellano en Madrid bajo los cuidados de la Imprenta Real en 1604, se hace eco de saberes contrastados desde antiguo, a saber: las cinco grandes cualidades de todo general eran ciencia, virtud, providencia, autoridad y fortuna. El hecho de ser “afortunado” contaba tanto como cualquiera otra de las virtudes morales²³. Los ejemplos podrían multiplicarse.

¹⁹ José Luis Martínez Rodríguez, *Hernán Cortés*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 268 y ss.

²⁰ Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano*, Madrid, Imprenta Real, 1601-1615, Década I, libro VIII, p. 257.

²¹ La primera edición se imprimió en Madrid por Pedro Cosín en 1578.

²² El libro fue impreso en Leiden en la famosa casa Plantino en 1589.

²³ Disponemos de una edición moderna: Justo Lipsio, *Políticas*, edición de Javier Peña y Modesto Santos, traducción de Bernardino de Mendoza, Madrid, Tecnos, 1997.

Hernán Cortés quiso transmitir de sí mismo la imagen de un capitán, por no llamarlo general, afortunado²⁴, como veremos. Un cronista de la talla de Bernal Díaz del Castillo, sin duda, fomentó esa imagen, aunque, como sabemos, deploraba el excesivo protagonismo del caudillo extremeño en la obra de otros autores, en especial Francisco López de Gómara²⁵. En el capítulo XLI de su *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, el cronista-soldado (o soldado-cronista) natural de Medina del Campo escribió: “Y Cortés les respondió, que no era buen consejo volver sin ver por qué: que hasta entonces que no nos podíamos quejar de la fortuna; é que dieseamos gracias á Dios, que en todo nos ayudaba; y que en quanto á los que se han muerto, que en las guerras y trabajos suele acontecer”²⁶.

De hecho, la última frase de Bernal Díaz podríamos considerarla un aforismo: cierto, en las guerras se producen muertes, ¿qué se esperaban sus hombres? Sin duda, la conquista del Imperio mexica no iba a ser un negocio fácil. La Fortuna, como argumento propio de una época pretérita, pagana, heredado de los autores de la Antigüedad clásica, debía ser acompañada, como comprobamos una vez más, por una rápida alusión a la ayuda divina²⁷. Pero Bernal Díaz del Castillo era muy dado a utilizar la imagen de la rueda de la Fortuna, con su cambio veloz, turbador, que nos hace pasar del triunfo a la desdicha en breves instantes. Lo haría finalizando el capítulo XCIX y, de nuevo, en el CXXIV, cuando escribió: “[...] y digamos como la adversa fortuna vuelve de presto su rueda, que a grandes bonanças y placeres siguen las tristezas”, pues tras la enorme victoria conseguida sobre Pánfilo de Narváez²⁸, quien cuadruplicaba sus fuerzas con res-

²⁴ Un franciscano crítico con la actitud hispana respecto a los indios, Buenaventura de Salinas, en su *Memorial de las historias del Nuevo Mundo* (Lima, Gerónimo de Contreras, 1630) se hizo eco del “valor y grandeza del increíble ánimo de Pizarro”, a quien declaró “incomparable Alejandro”, mientras que Atahualpa se convertía en el Sosias de Darío. Tampoco dudó Buenaventura de Salinas en que el mérito de Francisco Pizarro fue superior al de Hernán Cortés, a quien la suerte favorecía siempre, mientras que aquel hubo de afrontar notables dificultades. De Salinas citado en Brading, *Orbe indiano...*, *op. cit.*, pp. 345-350.

²⁵ Al respecto, María del Carmen Martínez Martínez, “Bernal Díaz del Castillo: memoria, invención y olvido”, en *Revista de Indias*, vol. LXXVIII, n.º 273, Madrid, 2018, pp. 399-428.

²⁶ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, Madrid, Imprenta del Rey, 1632, cap. XLI, f. 28v.

²⁷ Como nos recuerda Josué Villa, la Providencia Divina sería la concepción contemporánea de Hernán Cortés con respecto a la Fortuna, pues la clásica la contemplaba a esta como el hado. En un autor, Martín Alonso de Córdoba, en su *Compendio de la Fortuna*, queda meridianamente explicado este asunto: “Para los antiguos, el hado es una energía que ejerce su potencia causando reveses inesperados en la vida de los hombres, en su mayoría nefastos pero también dichosos; en cambio, la providencia nunca es traicionera e injusta al tratarse de la mismísima aquiescencia de Dios, único motor del orbe, por lo que todas las contrariedades que pudiere haber responden a una causa racional y suprema”. Villa, “Afrontar el destino...”, *op. cit.*, p. 161.

²⁸ Ante la traición cortesiana, recordemos como el teniente de gobernador de Cuba, Diego Velázquez, organizó una fuerza militar bajo el mando de otro de sus capitanes, Pánfilo de Narváez (c. 1470/1480-1528), quien partió hacia la costa de Veracruz con poco más de un millar de hombres con la orden de detener al de Medellín. A fines de mayo de 1520, Pánfilo de Narváez fue sorprendido y derrotado por un muy hábil Hernán Cortés. Martínez Rodríguez, *Hernán Cortés*, *op. cit.*, p. 259.

pecto a las de Hernán Cortés, muy pronto llegó la terrible noticia de que México-Tenochtitlan se había alzado contra Pedro de Alvarado –y, de hecho, contra Moctezuma II²⁹.

También hizo alusión a lo cambiante de la Fortuna fray Juan de Torquemada³⁰, solo que para asimilar las caídas de los imperios mexica e inca, y la mala ventura de sus emperadores, Moctezuma y Atahualpa, a la de algunos imperios de la Antigüedad clásica: “[...] y es mucho de notar que cuando los reinos están mas encumbrados y puestos en su mayor pujanza, entonces parece que dan mayores caldas, como parece en el de Nabuchodonosor, Alexandro Magno, los persas, asirios, medos y romanos” refiriéndose a los estadistas en general, sus trayectorias estarían sujetas a serios reveses capaces de fulminar las más brillantes hazañas, militares y políticas:

“[...] pues que no hay ningún favor ni fortuna humana tan durable, que en un punto no pueda tornar muy presto su rueda, como claramente vemos por experiencia que suele acontecer a los mas excelentes varones y que son oprimidos y arruinados por el albedrío de la ciega fortuna, los que con justa razón eran dignos de eterna gloria”³¹.

Por eso, el filósofo ateniense Solón aseguraba que “ninguna criatura humana se podía llamar dichosa y bienaventurada hasta el último artículo de la vida”³². También es verdad que ninguno de ellos, paganos al fin y al cabo, podía gozar del enorme beneficio que significaba que Dios pelease de su lado: “Si El es con nos, como parece tan claro por la obra, ¿quién será contra nos?”, reflexionaba Hernán Cortés poco antes de iniciar el asalto final a la gran capital mexica en las páginas de la crónica de Francisco Cervantes de Salazar³³.

Pero es el último de los mencionados, por lo general muy indulgente con las acciones cortesianas, quien introdujo una variación significativa a la hora de discutir sobre la importancia de la Fortuna: hay que buscarla. Así lo expresaba Hernán Cortés a un grupo de ochenta de sus primeros voluntarios, cuando aún se hallaban en Cuba preparando la expedición: “yo hallo que muchas veces [la Fortuna] acude y responde a los buenos

²⁹ *Op. cit.*, pp. 258 y ss.

³⁰ Sobre fray Juan de Torquemada sigue siendo útil la lectura de Demetrio Ramos, “El palentino fray Juan de Torquemada, cronista de la Nueva España, y su ideología historial”, en *Actas del I Congreso de Historia de Palencia*, Palencia, Diputación de Palencia, 1987, tomo IV, pp. 519-528.

³¹ Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, México D. F., UNAM-IIIH, 1975-1983, tomo II, libro IV, cap. LXX.

³² De Torquemada, *Monarquía indiana, op. cit.*, tomo II, libro IV, cap. LXX. La utilización de la figura de Solón en determinados autores hispánicos del siglo XVI en María F. Noriega, “Solón Solonino”, en *MINERVA. Revista de Filología Clásica*, n.º 30, Valladolid, 2017, pp. 219-228.

³³ Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, Madrid, Editorial Atlas, Biblioteca de Autores Españoles, vols. 244-245, edición de Manuel Magallón, 1971, libro V, cap. CXXXIX, p. 584. Sobre Francisco Cervantes de Salazar cabe resaltar dos trabajos: Karl Kohut, “La implantación del humanismo español en la Nueva España: el caso de Francisco Cervantes de Salazar”, en Sonia V. Rose y Karl Kohut (coords.), *Pensamiento europeo y cultura colonial*, Frankfurt / Madrid, Vervuert / Iberoamericana, 1997, pp. 11-51 y Víctor Manuel Sanchis, *Francisco Cervantes de Salazar: un humanista en la Nueva España de siglo XVI*, México D. F., UNAM, 2016, que recoge buena parte de su tesis doctoral leída en la Universidad de Alicante en 2012 bajo la dirección de José Carlos Rovira.

pensamientos cuando por los medios que convienen se ponen por obra [...]”. Por lo tanto, desde el más descarnado de los pragmatismos, sin preparación, empeño y prevención es muy difícil que la Fortuna nos visite. Es más, a partir de la alocución cortesiana, Francisco Cervantes de Salazar también definirá dos de las virtudes del buen soldado: fidelidad y esfuerzo “son dos cosas principales en el buen soldado y con las cuales la guerra se hace dichosamente [...]”³⁴.

FIDELIDAD Y ESFUERZO.
HERNÁN CORTÉS, ¿EL BUEN CAPITÁN?

Cuando Hernán Cortés hubo de enfrentarse a duras quejas por la duración y la dificultad de la campaña emprendida, el caudillo extremeño reconocería, en el texto de Bernal Díaz del Castillo, todos los extremos expuestos por sus compañeros, pero con su probada habilidad a la hora de encontrar la réplica más oportuna, les espetaría:

“[...] y dixo, que bien conocido tenía muchas cosas de las que habian dicho, é que á lo que ha visto y tiene creído que en el universo no hubiese otros Españoles mas fuertes, ni que con tanto ánimo hayan peleado, ni pasado tan excesivos trabajos, como nosotros: é que andar con las armas á cuestras á la continua, y velas, rondas, y frios, que si así no lo hubieramos hecho, ya fuéramos perdidos, y que por salvar nuestras vidas, que aquellos trabajos, y otros mayores habiamos de tomar [...]”³⁵.

Pero, de inmediato, les hizo ver a los suyos que el valor y el esfuerzo, la gallardía, era él mismo, Hernán Cortés, el primero en exhibirlos, sin pretender nunca ahorrarse ninguna de las molestias que sus hombres sufrieran. Y Bernal Díaz no podía sino darle la razón: “pues en todos estos peligros no me conocierades tener pereza, que en ellos me bailaba con vuestras mercedes, y tuyo razón de lo decir; porque ciertamente en todas las batallas se hallaba de los primeros”³⁶. Cuando sus compañeros vuelven a quejarsele, añadiendo a sus argumentos el de la muerte de cincuenta y cinco de los suyos desde su salida de Cuba, el caudillo de Medellín solo pudo sentirse extrañado, por no decir escandalizado, sobre todo porque Dios, que está de su lado,

“nos da esfuerzo por muchos: porque vista cosa es, que las guerras gastan hombres y caballos [...] y no venimos al presente para descansar, sino para pelear quando se ofreciere: por tanto os pido, Señores, por merced, que pues sois Caballeros, y personas que ántes habiades de esforzar á quien viesedes mostrar flaqueza”³⁷.

³⁴ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España...*, op. cit., libro I, cap. XIII, p. 97.

³⁵ Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, op. cit., cap. LXIX.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ *Ibid.*

También Francisco Cervantes de Salazar pone en boca de Hernán Cortés, a modo de aforismos, reflexiones acerca de idénticas cuestiones: “[...] grandes cosas jamás se alcanzaron sin trabajo y peligro. [...] y porque todos miran al Capitán, no se ofrescerá trabajo ni peligro que en el no me halle yo primero”³⁸. O, por ejemplo: “El ánimo fuerte y constante, como no debe ensoberbecerse con la prosperidad, así no debe desmayar en la adversidad”³⁹.

Desde los primeros compases de la campaña, tras las luchas iniciales con los mayas, el caudillo de Medellín fue demostrando a su gente las dotes que le aquilataban como un verdadero líder. Por ello, uno de los nuevos regidores de Veracruz (Francisco Cervantes de Salazar no nos ofrece su nombre, pero sabemos de sobras quiénes eran todos ellos)⁴⁰, no dudaría en afirmar cómo Hernán Cortés gozaba de las capacidades de un buen capitán⁴¹ y gobernador; pero el argumento de nombrarlo capitán general y justicia mayor del territorio giraba en torno al hecho de que ya era conocida de todos su manera de actuar, no en vano, como lo enseñaba la experiencia, “los cargos preeminentes truecan a los hombres, de manera que el que ayer os parecía manso, afable y humilde, mañana, puesto en el cargo, no le conoceréis, hallándole tan otro como si nunca hubiera sido aquel que el día antes conocistes”⁴².

En cambio, la persona de Pánfilo de Narváez no resistía la comparación con la figura del caudillo de Medellín. Recogiendo una vez más los argumentos de este último, Francisco Cervantes de Salazar reproduce una arenga cortesiana poco antes de partir de México-Tenochtitlan para enfrentarse en Cempoallan a las fuerzas, que cuaduplican las suyas, del enviado del gobernador de Cuba, Diego Velázquez. Hernán Cortés insistiría en que la fortuna no está al alcance de todos, como Diego Velázquez, quien, resentido, habría comisionado en contra de ellos a Pánfilo de Narváez, calificado como “hombre escaso y miserable, cabezudo y recio, poco amigo de dar contento”, además de soberbio y confiado en su poder, factor que sería su perdición al relajarse y no prestar cuidado a la razón. En una muy dura denuncia, el de Medellín culparía a Pánfilo de Narváez de

³⁸ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España...*, *op. cit.*, libro I, cap. XXII, pp. 116-117.

³⁹ *Op. cit.*, libro V, cap. XXXIX, p. 490.

⁴⁰ Alonso Hernández de Portocarrero y Francisco de Montejó alcaldes, Pedro de Alvarado, Alonso de Ávila, Alonso de Grado y Cristóbal de Olid regidores. Véase María del Carmen Martínez Martínez, *Veracruz 1519. Los hombres de Cortés*, León-España, INAH, 2013, p. 263.

⁴¹ Para Diego García de Palacio, el buen capitán debía hacer gala de ser prudente y poseer fortaleza, es decir, saber escoger los medios, los momentos, etc., para hacer la guerra y disponer, además, de la presencia de ánimo suficiente como para desarrollar dichos quehaceres sin decaer en su empeño. El perfil del buen capitán se complementa, por otro lado, con virtudes como la elocuencia, muy útil para que el oficial incite a los soldados antes de la batalla, recordando las arengas de un César, por ejemplo. Diego García de Palacio, *Diálogos militares de la formación e información de personas, instrumentos y cosas necesarias para el buen uso de la guerra*, México, Pedro Ocharte, 1583, fs. 38-39.

⁴² Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España...*, *op. cit.*, libro II, cap. IX, p. 153. En Antonio de Herrera aparece la misma reflexión, tomada sin duda de Cervantes de Salazar, añadiendo el cronista regio otras cualidades como liberal, afable y prudente, de ahí que difícilmente sus hombres se planteasen ni tan siquiera cambiar su mando por el de otro, desconocido. De Herrera, *Historia general de los hechos...*, *op. cit.*, Década II, libro V, p. 154.

intentar indisponer a los mexicas contra ellos, con falsas promesas de que, tras castigar a Hernán Cortés y los suyos, poco después dejaría la tierra, además de proclamar una guerra a sangre y fuego y repartirse sus despojos antes de haberlos derrotado, de ahí que el caudillo extremeño asegurase: “Siempre oí decir que al mayor temor, osar, y que el mayor remedio para vencer es que el que puede ser vencido no tenga cuenta con la vida, y así la experiencia lo ha enseñado que pocos, determinados de morir, han vencido a muchos”. Y añadiría a su reflexión, justificando su acción ofensiva, que “siempre el que acomete, vence⁴³, o a lo menos ya que sea vencido, el contrario o queda vencido o espantado”. La respuesta de sus hombres fue clara: no iban a echar por la borda todo lo obtenido, y dejar perder la gloria, fama y honra ganadas hasta entonces y, mucho menos, a manos de aquellos que no habían laborado para conseguirlas; así las cosas, la lucha estaba justificada, pues “La vida bien perdida no es pérdida; de morir hemos todos y deuda es forzosa, y esto ha de ser antes de sesenta años”, dado que era preferible morir entonces, pugnando por sus beneficios, y no siendo ancianos, frustrados y sin honor⁴⁴.

Pero nadie debería llevarse a engaño: ejercer el mando no siempre es una cuestión agradable. Hernán Cortés, en palabras de Francisco Cervantes de Salazar, lo expuso de la siguiente manera cuando se trató sobre el turbio asunto de la (abortada) conspiración de Antonio Villafaña⁴⁵: “[...] si cualquiera de vosotros estuviese en el lugar que vosotros en nombre del rey me pusistes, tendría tantas zozobras y más que yo, e por esto dicen que la guerra parece sabrosa al que no la prueba⁴⁶ y que vee más el que vee jugar que el que juega”⁴⁷.

⁴³ Ese espíritu ofensivo se observaría, años más tarde, pero fruto del conocimiento de las trayectorias militares de Alejandro Magno y Julio César, en el duque de Alba, quien, en sus campañas italianas previas a su llegada a Flandes, se caracterizaría por su diligencia. Según escribió Alexandro Andrea: “Más el secreto y la velocidad en acometer vale mucho: porque turba al enemigo, viéndose acometer fuera de su opinión, y no le da tiempo para fortificarle, ni para resolverle [...]”. Alexandro Andrea, *De la Guerra de la Campaña de Roma y del Reyno de Nápoles*, Madrid, Viuda de Querino Gerardo, 1589, p. 52.

⁴⁴ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España...*, op. cit., libro IV, cap. LXIII, p. 358.

⁴⁵ Era este un zamorano, deudo del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, que alcanzó el territorio entre los hombres de Pánfilo de Narváez. Según un arrepentido, un tal Rojas, Antonio Villafaña se propuso asesinar a Hernán Cortés y sus principales oficiales. Hasta trescientos hombres podían estar implicados y se había elegido a Francisco Verdugo, cuñado de Diego Velázquez, como nuevo jefe. Rojas pensó que todo el asunto degeneraría en una lucha de bandos y en más violencia y decidió parar la conjura. Antonio Villafaña fue ahorcado por orden del caudillo de Medellín y el resto de los posibles o supuestos conjurados perdonados. Martínez Rodríguez, *Hernán Cortés...*, op. cit., pp. 296-297.

⁴⁶ El aforismo de Vegecio *Inexpertis enim dulci est pugna*, que tanta fortuna adquiriera en la pluma de Erasmo con su *Dulce bellum inexpertis*, en realidad ya la formuló Tucídides en su *Historia de la Guerra del Peloponeso*, cuando el rey de Esparta, Arquidamo, arguyó cómo los veteranos no desean la guerra porque no la ven con los mismos ojos que los inexpertos. Citado en Antonio Espino, *Guerra y cultura en la Época Moderna. La tratadística militar hispánica de los siglos XVI y XVII: libros, autores y lectores*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2001, p. 153. También utiliza este aforismo Gonzalo Fernández de Oviedo cuando relata cómo, en un momento dado, Hernán Cortés se acordaría “de aquella auctoridad [Vegecio] que dice que parece dulce la batalla al que no ha probado su amargura”. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, edición de Amador de los Ríos, Madrid, Real Academia de la Historia, 1853, tomo II, p. 364.

⁴⁷ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España...*, op. cit., libro V, cap. LI, pp. 502-503.

Puede que fuese el cronista regio Antonio de Herrera quien mejor quiso, y pudo, retratar las cualidades del “buen capitán” que aquilató Hernán Cortés. Ante la cuestión de cómo administrar justicia entre aquellos que querían regresar a Cuba, antes de emprender cualquier acción de conquista, Antonio de Herrera recurre a Séneca⁴⁸: para atraerse a todos aquellos que no confiaban en su mando, y todavía parecían fieles a Diego Velázquez, Hernán Cortés con “la benevolencia y buen término fundava su imperio”, y por ello gente importante como Juan Velázquez de León y Diego de Ordaz se dejaron convencer de su caudillaje y “fueron después los mejores amigos que tuvo”. La cita de Séneca dice: *Melius beneficiis custoditur imperium quam armis*⁴⁹. A veces, el prestigio y el buen hacer conseguían mucho más en el ánimo del prójimo que una exhibición de fuerza. Páginas más tarde vuelve a recurrir al filósofo de origen hispano, en este caso para demostrar cómo Hernán Cortés fue comedido a la hora de administrar justicia entre aquellos que deseaban amotinarse a favor de regresar a Cuba: “es verdaderamente severo y prudente el que con poco rigor y execuciones se haze tener por terrible”⁵⁰. Por otro lado, la resistencia de algunos se desvanecería cuando dio al través a sus barcos, de esa forma consiguió no ver diezmadas sus fuerzas, y los hombres se sintieron obligados de alguna forma con la esperanza de futuros beneficios, aunque fuesen difíciles de lograr en primera instancia. En esta ocasión, la cita ilustrativa es de Tácito⁵¹: *Quanto plus spes ad effigium, minorem ad resistendum animum dare solent*⁵². O, dicho de otro modo, la esperanza de conseguir el fin deseado puede acabar con muchas resistencias, en especial del ánimo.

El texto de Antonio de Herrera es todo un decálogo, por decirlo así, de las actitudes que debería atesorar un perfecto capitán, adaptado al caso de Hernán Cortés y la conquista del Imperio mexica. A título de ejemplo: siempre habríamos de ser muy cons-

⁴⁸ Séneca se tradujo bastante poco al castellano en la segunda mitad del siglo XVI porque, de hecho, había sido un autor de enorme éxito desde el siglo XV con muchas reimpressiones en la primera mitad del Quinientos: existen ediciones de los *Proverbios* en 1482, 1491, 1495, dos en 1500, 1512, 1528, 1535, otras dos ediciones en 1552 y 1555; de las *Epistolas* se constatan ediciones en 1496, 1502, 1510, 1529, 1551 y 1555 de la traducción de Pero Díaz de Toledo y de la de *Los cinco libros de Séneca* de Alonso de Cartagena las hubo en 1491, 1510, 1530, 1548 y 1551. Emilio del Río, “Séneca trágico y moral en el Renacimiento español: las traducciones de fray Luis, Mal Lara y Herrera”, en *Revista de Estudios Latinos*, n.º 18, Madrid, 2018, pp. 181-202, en especial p. 183. Por lo tanto, es más que normal que nuestros cronistas tuviesen un buen conocimiento del autor latino, si bien utilizaron sus citas en su lengua original por una cuestión de prestigio. La obra fundamental sobre la recepción de Séneca en la España de la época sigue siendo la de Karl Alfred Blüher, *Séneca en España. Investigaciones sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XII hasta el siglo XVII*, Madrid, Gredos, 1983.

⁴⁹ De Herrera, *Historia general de los hechos...*, op. cit., Década II, libro V, p. 165.

⁵⁰ Op. cit., p. 169.

⁵¹ Sobre la recepción de Tácito en el ambiente hispano de los siglos XVI y XVII, así como una comparativa de dicha recepción con respecto a Francia e Inglaterra, Saúl Martínez Bermejo, *Tácito leído: prácticas lectoras y fundamentos intelectuales de la recepción de Tácito en la edad moderna*, tesis doctoral dirigida por Pablo Fernández Albaladejo, Madrid, UNAM, 2009. Tampoco podemos olvidar que el cronista Antonio de Herrera fue traductor de Tácito: *Los cinco libros primeros de los Annales de Cornelio Tácito: que comienzan desde el fin del Imperio de Augusto hasta la muerte de Tiberio...*, Madrid, Juan de la Cuesta, 1615.

⁵² De Herrera, *Historia general de los hechos...*, op. cit., Década II, libro V, p. 169.

cientes de las fuerzas con las que contamos, y el esfuerzo que exigiremos a los nuestros en función de los objetivos fijados, por eso a veces se impone “ganar mucho más con industria que con fuerza”. A modo de aforismo, el cronista De Herrera asegura que “la celeridad es provechosa en la guerra”, y lo presenta una vez más con el caudillo de Medellín como ejemplo, pues cuando se trataba de buscar un remedio para alguna cuestión que le urgía, siempre lo encontraba y con rapidez: “[la celeridad] es muy provechosa en la guerra, porque quita a los enemigos el tiempo de conocer el peligro y remediarlo; confúndeles el juyzio, y átales las manos, y causa que vayan sobre ellos los golpes de repente”. En otro pasaje, Antonio de Herrera citaba a Salustio⁵³ para justificar la actitud del buen general el cual, ante las quejas de los suyos, quienes le hacían ver las dificultades y los peligros de la empresa, acallaba sus dudas propagando ánimos entre todos y hallar una salida para sus cuitas, sin arrepentirse jamás de cualquier acción emprendida y, mucho menos, dar signos de flaqueza, sino, todo lo contrario, prometiendo victoria y prosperidad “con tanta confianza como si la llevara en el puño, porque con ingenio y prudencia [Cortés] todo lo considerava y proveía”⁵⁴.

Otros valores transmitidos en las páginas de Antonio de Herrera serían, por ejemplo, la disciplina⁵⁵ (y la obediencia⁵⁶), a la que vincula el comportamiento de los hombres de Hernán Cortés como soldados cristianos (*milites christi*), modelo para los nuevos convertidos, pues no conocían a otros cristianos sino ellos, de ahí que la disciplina debería ser exquisita, y consistiría en “acudir a todo con voluntad, tener honra y y obedecer a lo que se les ordenasse, porque con estas cosas les asegurava que no les podía suceder desastre ninguno, y que de otra manera no negava el peligro en que se hallavan”⁵⁷. O la prudencia: Antonio de Herrera tilda a Pánfilo de Narváez de imprudente, pues fiado solo de su fuerza, no quiso escuchar a ninguno de cuantos le querían dar buenos consejos, de modo que una cita de Salustio, *Imprudencia infelix, quae ploraque, et se praecipitat*, sirve para ilustrar el asunto acerca de los peligros de la irresponsabilidad y la infelicidad que puede conllevar. De inmediato, el cronista define las acciones de Hernán Cortés

⁵³ Salustio fue uno de los autores latinos más reconocido por el humanismo hispánico del Quinientos. Avelina Carrera, “Comentarios humanistas del siglo XVI a la obra de Salustio”, en Ferran Grau (coord.), *La Universitat de València i l’humanisme. “Studia Humanitatis” i renovació cultural a la Europa i al nou món*, Valencia, Universidad de Valencia, 2003, pp. 383-392.

⁵⁴ De Herrera, *Historia general de los hechos... , op. cit.*, Década II, libro V, pp. 171, 173 y 174. El mismo cronista también dotó de características parecidas a otro caudillo, Vasco Núñez de Balboa, de quien señaló que “siempre peleó más con el consejo y buen gobierno, que con las armas, y fortaleza”, y, al mismo tiempo, “en todos los trabajos llevaba la delantera, como imitador de los antiguos Capitanes Romanos”. *Op. cit.*, Década I, libro X, p. 304 y Década II, libro II, p. 49.

⁵⁵ Más de medio siglo más tarde, el maestro de campo Francisco de Valdés, en su *Espejo y disciplina militar* (1578), escribió: “Julio César [...] ¿qué otra cosa que la buena disciplina y orden de guerra hizo victorioso? Y en nuestros días Hernán Cortés [...] al fin con sólo el buen orden conquistó el Imperio mexicano [...]”. Citado según la edición de Madrid, Ministerio de Defensa, 1989, p. 38.

⁵⁶ “[...] ninguna cosa conviene tanto [h]aya en la gente de guerra como la mucha obediencia y disciplina y buenas costumbres [...]”, escribía el tratadista militar Martín de Eguiluz en *Milicia, discurso y regla militar del capitán M. de Eguiluz*, Madrid, Luis Sánchez, 1592, f. 148v.

⁵⁷ De Herrera, *Historia general de los hechos... , op. cit.*, Década II, libro VIII, p. 257.

como plenas de prudencia, pues sin dejar de ofrecer algún tipo de acuerdo con su enemigo, no por ello dejó de prepararse para lo peor, como mandar hacer picas. La primera parte del tema lo ejemplifica con una cita de Séneca: *Prudentia praesentia ordinat futura provides, praeterita recordatur*. O, en traducción libre, podría decirse que el ejercicio de la prudencia, anclado en ejemplos del pasado, es la mejor manera para proveer el futuro. Por otro lado, con citas de Vegecio y Frontino⁵⁸, De Herrera demuestra la pericia de Hernán Cortés a la hora de aceptar una pugna contra un enemigo superior sobre el papel, pero muy mal dirigido. La iniciativa siempre estuvo del lado del de Medellín, aunque Pánfilo de Narváez creyese lo contrario, pues fiado de su poderío o, por mejor decir, confiado, no creyó en la osadía cortesiana, quien se las ingenió para hacer circular dinero, es decir una parte del oro conseguido a modo de botín hasta entonces, para comprar a todos los hombres que pudo de su enemigo. La cita, oportuna, de Tácito⁵⁹, señalaba cómo *Pecuniam inter rivales discordias ferro validiorem*, es decir que el (reparto de) dinero puede conseguir entre el rival desacuerdos más fuertes que el propio acero. Justo en el momento que precedería al enfrentamiento, en palabras de Antonio de Herrera, el de Medellín les recordó a los suyos que en las batallas “era más provechosa la prudencia para vencer que la osadía, aunque no olvidassen aquella confianza de vencer que siempre habían tenido”, y lo subrayaba el cronista con dos citas, de Vegecio –*Audaces habeant que confidentiam militarem*– la primera, y de Tito Livio –*Temeritas praeterquam quod stulta est, etiam infelix*– la segunda. Es decir, la audacia hasta cierto punto era un don aceptable si se sabía administrar con cuidado, pues aumentaba la consideración de las tropas para con el general (afortunado), mientras que la temeridad era un mal asunto, pues no solo nos podía hacer tomar decisiones estultas, sino también dramáticamente inapropiadas por peligrosas. El astuto Cortés, de todas formas, no proclamaría entre los suyos todas las medidas que habría tomado con respecto a los hombres de Pánfilo de Narváez, de ese modo los suyos desconocían sus tretas y solo podían fiarse de su propio esfuerzo “que jamás dio a entender las inteligencias que trahía en el ejército enemigo,

⁵⁸ De seguro no es casualidad que Vegecio y Frontino se citen al unísono porque en diversas ocasiones se les publicaba al mismo tiempo. Por ejemplo, tras sus ediciones latinas en solitario en Pescia (1488), Roma (1494), o bien traducido (Venecia, 1514), sería muy habitual, como se ha señalado, ediciones conjuntas de Vegecio con Frontino (además de Eliano y Modesto), como las de Roma (1494), Bolonia (1495-1496), París (1515, 1535) o Colonia (1524, 1532). De Sexto Julio Frontino sobresale su *Strategemata*, en traducción castellana de Diego Guillén de Avila: *Julio Frontino de los consejos, y exemplos militares*, Salamanca, Lorenzo de Liom Dedei, 1516. Por otro lado, Vegecio y Frontino fueron utilizados al unísono ya en el siglo XIII por Juan Gil de Zamora en su *De Preconis Hispaniae* (1278-1282), obra destinada a la formación de don Sancho, hijo y heredero de Alfonso X. Al respecto, María Felisa del Barrio, “Un resumen inédito de los *Strategemata* de Frontino como fuente del libro XII del *De Preconis Hispaniae* de Gil de Zamora”, en *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, n.º 26-1, Madrid, 2016, pp. 101-146.

⁵⁹ Aunque desarrolla el caso de la conquista del Imperio inca, Sabine MacCormack apunta el uso por parte de Antonio de Herrera de Tácito, o del autor italiano Annibale Scotto, no solo como fuente de inspiración de su estilo (los *Anales* del autor latino), sino también como fundamento intelectual de los comentarios sobre los acontecimientos narrados. Es más, Antonio de Herrera llega a camuflar el texto inédito de Pedro Cieza de León y sus citas de autores clásicos (Julio César o Quinto Curcio) y las sustituye por citas análogas de Tácito o Duns Scotto. Sabine MacCormack citada en Martínez Bermejo, *Tácito leído: prácticas...*, op. cit., p. 191, nota 66.

porque supiesen los soldados que en solos sus braços avían de confiar”. El resultado solo podía ser otro aforismo harto conocido: “Los sucesos de las guerras suelen ser muy diferentes de lo que los hombres presuponen”⁶⁰.

Cuando Hernán Cortés hubo de afrontar el momento culminante de la campaña, el ataque final sobre México-Tenochtitlan —una hazaña que, para Pedro Mártir de Anglería, no dejó de ser “empresa que al mismo pueblo romano le hubiera sido difícil en sus tiempos de esplendor”⁶¹—, Antonio de Herrera recuerda a sus lectores las principales virtudes de un capitán general, como si el de Medellín lo hubiera sido durante toda su vida⁶², y eran estas tres: “la elección de los soldados, la buena disciplina y en saberse aprovechar dellos [...]”. Hernán Cortés, en su opinión, descollaba por “[...] quan sugeta, obediente y bien enseñada trahía a la gente, porque jamás se halló que sus soldados tuviessen ánimos crueles ni vengativos, arrogantes ni imperiosos, sino que en todo se acomodaron siempre con la voluntad del capitán”. En pocos ejércitos se dieron tales circunstancias, de modo que el cronista pudo concluir:

“donde se conoce que es necessario que los soldados sean antes escogidos que muchos, y no [h]ay cosa más conveniente que tener los ejércitos limpios de gente inútil, porque la prontitud y agilidad, que en la milicia es tan principal parte, no puede consistir en un campo lleno de toda suerte de hombres, porque embaraça y da ocasión al enemigo de conseguir su intento. Por eso pedía Cortés a sus soldados voluntad, vergüenza y obediencia, de donde depende el valor, y la paciencia, con la cual venció guerras tan importantes, no con grandeza de tesoros, sino con generosidad de ánimo y tolerancia de trabajos, con exemplo de sí mismo, siendo el primero en las batallas, en las vigalias y en la execución de qualquier cosa, sin respeto de trabajo ni peligro”⁶³.

La admiración por el personaje era, pues, absoluta y total.

⁶⁰ Citas en De Herrera, *Historia general de los hechos...*, *op. cit.*, Década II, libro VIII, p. 257; Década II, libro IX, pp. 311 y 316-317 y Década II, libro X, pp. 321-323. No debemos olvidar que muchos tratadistas, como Diego de Salazar, al citar a Nicolás Maquiavelo lo hacían con la convicción de que el autor de referencia era en realidad Flavio Vegecio. Pero, sea como fuere, para el famoso autor florentino, las guerras habían de ser cortas y definitivas porque en caso de alargarse, como señalaban los antiguos (en su caso Flavio Vegecio, Frontino, Polibio o Tito Livio), podían descontrolarse. Félix Gilbert, “Maquiavelo: el Renacimiento del Arte de la Guerra”, en Peter Paret (ed.), *Creadores de la estrategia moderna*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1992, p. 38. La famosa obra de Diego de Salazar, en realidad su versión en castellano del *Arte della guerra* del florentino, se publicó con el título *Tratado de re militari. Tratado de cavalleria hecho a manera de diálogo...*, en Alcalá de Henares al cuidado de Miguel de Eguía en 1536.

⁶¹ Pedro Mártir de Anglería citado en Beatriz Aracil, “Hernán Cortés y sus cronistas: la última conquista del héroe”, en *Atenea*, n.º 49, vol. I, Concepción, 2009, pp. 61-76, cita en p. 73.

⁶² Gonzalo Fernández de Oviedo, más bien, señaló el perfil de un talento innato, pues Hernán Cortés, y citaba una vez más a Flavio Vegecio, “aun de los peligros mayores, los no expertos las más veces suelen ser acompañados; en el cual breve espacio de tiempo la dottrina del combatir, el uso de la verdadera arte y el buen consejo abiertamente señorean”, en Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, *op. cit.*, tomo II, p. 325.

⁶³ De Herrera, *Historia general de los hechos...*, *op. cit.*, Década III, libro I, pp. 26-27. Buena parte de este pasaje es copiado por fray Juan de Torquemada en: *Monarquía indiana...*, *op. cit.*, II, libro IV, cap. LXXXIX.

De hecho, media centuria antes de que escribiera su obra Antonio de Herrera, Gonzalo Fernández de Oviedo, mediante una profusa utilización, asimismo, de fuentes clásicas⁶⁴, también ponderó las habilidades como “perfecto capitán” de Hernán Cortés, aunque el primer cronista de Indias no se caracterizó por perdonar algunos de los excesos del de Medellín, un rebelde al fin y al cabo al inicio de su hazaña⁶⁵. Recurriendo una vez más a Flavio Vegecio⁶⁶, el cronista da a entender las capacidades innatas del de Medellín para planificar la guerra: “El que la paz dessea, apareje con ingenio la guerra, é aquellos que della querrían conseguir la victoria, á sus soldados enseñen con diligencia é con arte; é no á ventura combata quien dessea alegre fin de su obra”. La fortaleza de ánimo, hija de la constancia, era otra de sus virtudes. En esta ocasión era Séneca la autoridad requerida: “[...] aquel [que] es fuerte que está aparejado á sufrir todas las cosas que son de temer”. Como también lo era la clemencia: la dureza de la guerra hacía que Hernán Cortés temiese un baño de sangre, del que tenía muchas pruebas cada día, según avanzaba en su lenta e inexorable conquista de la gran ciudad, argumento que Gonzalo Fernández de Oviedo aprovecha y lo mejora con una cita de Salustio, de su conocida obra sobre la conjura de Catilina, cuando escribe: “vengarse de los viles hombres, no puede ser loor alguno á las personas ilustres”⁶⁷. Máxime en la cuestión de la clemencia, no solo de Hernán Cortés, sino de todos sus hombres, coincidiría a Francisco Cervantes de Salazar cuando escribió: “También sabéis que aunque en la guerra son como leones,

⁶⁴ Sobre las obras utilizadas por Gonzalo Fernández de Oviedo, véase Santiago Fabregat Barrios, “Presencia y función de los mitos clásicos en la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés”, en *Epos. Revista de Filología*, n.º 19, Madrid, 2003, pp. 67-88, en especial pp. 69-72.

⁶⁵ Sobre la “construcción” del personaje de Hernán Cortés en la crónica de Gonzalo Fernández de Oviedo, véase Álvaro Baraibar, “Hernán Cortés en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo”, en *Revista Complutense de Historia de América*, n.º 40, Madrid, 2014, pp. 139-154. Víctor Muñoz nos recuerda cómo, en la crónica de Gonzalo Fernández de Oviedo, este también señaló “sus acciones brutales y desleales, tanto contra las poblaciones mesoamericanas como contra los agentes de la monarquía española y, en último término, el propio rey, contrarias al ethos caballeresco y del liderazgo propuesto por nuestro autor. De este modo, en fin, Cortés no deja de aparecer en el discurso sobre la conquista trenzado por Fernández de Oviedo en un lugar de mérito, pero también de denuncia, de donde no podía escapar ni podía dejar de supeditarse al proyecto liderado por la Corona”. Muñoz Gómez, “El ideal militar hispánico...”, *op. cit.*, p. 340. De hecho, ese es el punto de vista de Louise Bénat-Tachot, “Gonzalo Fernández de Oviedo y la gesta de los ‘cortesanos’”, en María del Carmen Martínez Martínez y Alicia Mayer (coords.), *Miradas sobre Hernán Cortés*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2016, pp. 119-150.

⁶⁶ Los cronistas de Indias debían conocer lo suficiente la obra de Flavio Vegecio, que circuló en abundancia por la Castilla medieval. Se conservan siete copias traducidas del *Epitoma rei militaris*, siendo la más conocida la que realizó el dominico Alfonso de San Cristóbal, por ser la única completa de la obra del clásico latino, entre fines del siglo XIV y las primeras décadas del XV. José Manuel Fradejas, edición crítica y estudio de Alfonso de San Cristóbal, *La versión castellana medieval de la Epitoma rei militaris de Flavio Vegecio Renato*, San Millán de la Cogolla, Cilengua, 2014. Según María Elvira Roca, “Hay entre 11 y 14 ediciones de Vegecio en el siglo XV y 25 ediciones en el siglo XVI, de las que 14 son traducciones”, en: María Elvira Roca, “El Libro de la Guerra y la traducción de Vegecio por fray Alfonso de San Cristóbal”, en *Anuario de Estudios Medievales*, n.º 37, vol. 1, Barcelona, 2007, pp. 267-304, p. 279.

⁶⁷ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, *op. cit.*, tomo II, pp. 361, 366 y 415. Sobre la arenga política en las *Catilinarias* de Salustio, véase Melina Alejandra Jurado, “Funcionalidad y operatividad discursivas de la arenga política de Catilina en el *Bellum Catilinae* de Salustio”, en *Revista de Estudios Clásicos*, n.º 34, Buenos Aires, 2007, pp. 83-95.

después que han conseguido la victoria son clementes, mansos y misericordiosos, y no como otras naciones que, cuando vencen, hacen grandes estragos y crueldades en los vencidos y en aquellos que menos pueden”⁶⁸.

Gonzalo Fernández de Oviedo insistiría una y otra vez en las múltiples cualidades cortesianas: discreción, buen juicio, el ser un “padre” para sus soldados, además de diligente, una apreciación que de nuevo el cronista cimenta con una alusión a Flavio Vegecio:

“[...] su diligencia [de Cortés] era tan grande quanto en algún capitán se puede aver visto por su curiosidad inaudita, assi en general con todo su ejército, como en particular con cada soldado, por mínimo que fuese, como verdadero padre y excelente capitán, á quien dignamente se puede aplicar uno de los más acabados é perfetos loores que de la militar disciplina puede resultar”⁶⁹.

Pero cuestión más prosaica sería la (perfecta) elección de los hombres, como ya se ha mencionado. Una reflexión sobre la conquista de Pánuco y la calidad de los integrantes de la hueste de Francisco de Garay comparados con los de Hernán Cortés, llevaba a Gonzalo Fernández de Oviedo a reflexionar acerca de cuándo se deben elegir aquellos que se harán soldados, a partir de Vegecio y Salustio⁷⁰. Escribía el cronista: “De aquellos años en que al hombre los primeros pelos lo salen á la cara, se deben elegir los nuevos soldados. É Salustio dice que el mancebo que la guerra ha de exerçitar, en la adolescencia se debe elegir”. Y ello era debido, como es obvio, a que la profesión militar exige gente avezada en tal arte, dada su dureza. Es más, la reflexión del cronista comenzaba al enfatizar cómo, también en Indias, y no solo en Europa, el camino a recorrer era arduo y difícil, pleno de dificultades:

“Muchos son los trabaxos que en esta parte se han padescido, é graudes los merescimientos é servicios de tan experimentado capitán é tan diestros é animosos conquistadores, hasta la qual experiencia no se puede alguno intitular ni tener por maestro de tal arte, sin que le cueste años é sangre é haya probado las miserias ó desaventuras y sed y hambre, pobreza y desnudez y otros innumerables trabaxos, que andan debaxo de la militar disciplina”⁷¹.

⁶⁸ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España...*, op. cit., libro IV, cap. CIII, p. 407.

⁶⁹ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, op. cit., tomo II, pp. 428 y ss.

⁷⁰ Flavio Vegecio analizaba tales cuestiones en el libro primero de su *Epitoma*. Francisco de Valdés adaptó las cualidades que debían apreciarse en el soldado, según el criterio del autor romano y señalaba la necesidad de que el combatiente fuese físicamente fuerte, diestro en las armas, obediente y buen nadador. Francisco de Valdes, *Espejo y disciplina militar*, Madrid, Pedro Cosin, 1578. Tampoco podemos olvidar cómo Bernardo de Vargas Machuca, en el libro segundo de su *Milicia y descripción de las Indias* (Madrid, Pedro Madrigal, 1599), señalaba el ideal del participante en la hueste indiana: los “soldados” debían incorporarse a la hueste a partir de los quince años (y hasta los cincuenta), siempre que no fuesen obesos y, si era posible, que tuviesen experiencia en el manejo de las armas.

⁷¹ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, op. cit., tomo II, pp. 446 y ss.

Numerosos miembros de las huestes indianas quedaron por el camino, y no solo en Nueva España, por ello los que consiguieron sobrevivir podría decirse que eran quienes perfeccionaron su “militar condición”⁷². Como supo resumir fray Juan de Torquemada, Hernán Cortés le demandaba a su gente:

“voluntad, vergüenza y obediencia, de donde depende el valor y la paciencia, con la cual venció guerras tan importantes. No con grandeza de tesoros, sino con generosidad de ánimo, tolerancia de trabajos, con ejemplo de sí mismo, siendo el primero en las batallas, en las vigiliyas y en la ejecución de cualquier cosa, sin respeto de trabajo, ni peligro”⁷³.

CANTIDAD *VERSUS* CALIDAD

De manera insospechada, en el transcurso de la invasión y conquista hispana de las Indias se produjeron unas circunstancias que, con las lógicas divergencias, recordarán de manera extraordinaria muchas de las campañas gloriosas de la Antigüedad clásica: un número muy limitado de tropas, pero hábiles y disciplinados guerreros, se impusieron a ejércitos numerosos⁷⁴, pero de disciplina inexistente y de dudosa capacidad militar. El número nunca hizo la fuerza. Ese viejo argumento, propio de la obra de Flavio Vegecio, sería puesto a la orden del día por un autor como Antonio Cornazzano (1430-1484), muy leído a partir de las diversas ediciones de su *De re militari nuovamente con somma diligentia impresso*⁷⁵. La fuerza de la tesis estribaba en la excelencia de aquellos generales que habían destacado por su rendimiento en batalla con contingentes discretos. Es el caso de Alejandro Magno en sus campañas asiáticas; el de Aníbal y su larga marcha hacia Italia y las posteriores luchas victoriosas en territorio hostil; también sería el ejemplo de Julio César en sus campañas de las Galias, Britania o Helvetia; o el de la retirada de los mercenarios griegos que habían ayudado a Ciro el Grande en su lucha fratricida, magníficamente relatada por Jenofonte, un autor muy caro a Gonzalo Fernández de Oviedo.

“Nunca griego ni romano ni de otra nación, después que hay reyes, hizo cosa igual que Fernando Cortés en prender a Moteczuma (sic), rey poderosísimo, en su propia casa, en lugar fortísimo, entre infinidad de gente, no teniendo sino cuatrocientos y cincuenta compañeros”, escribió Francisco López de Gómara henchido de admiración⁷⁶.

⁷² *Ibid.*

⁷³ De Torquemada, *Monarquía indiana...*, *op. cit.*, tomo II, libro IV, cap. LXXXIX.

⁷⁴ Como señaló Francisco de Jerez para el caso peruano: “¿Cuándo se vieron en los antiguos ni modernos tan grandes empresas de tan poca gente contra tanta [...] ir a conquistar lo no visto ni sabido?”. Citado en Simón Valcárcel Martínez, *Las crónicas de Indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1997, p. 91.

⁷⁵ La edición *princeps* es de Venecia, Carlo de Pensis, 1493.

⁷⁶ Francisco López de Gómara, *Historia de la Conquista de México*, Caracas, Ayacucho, 2007, p. 162. Anotó, asimismo, el cronista: “Con tan poca compañía venció innumerables indios. Nunca jamás hizo capitán con tan chico ejército tales hazañas, ni alcanzó tantas victorias ni sujetó tamaño imperio”. *Op. cit.*, p. 22.

El propio Hernán Cortés utilizaría este parecer en diversas ocasiones, la primera vez cuando se produjo el enfrentamiento definitivo contra los mayas en Centla, al inicio de la campaña, con el añadido de una poderosa referencia a la Providencia Divina⁷⁷: “Crean vuestras reales altezas por cierto que esta batalla fue vencida más por voluntad de Dios que por nuestras fuerzas, porque para con cuarenta mil hombres de guerra poca defensa fuera cuatrocientos que nosotros éramos”. O en el momento del primer enfrentamiento contra los tlaxcaltecas: “Y bien pareció que Dios fue el que por nosotros peleó, pues entre tanta multitud de gente y tan animosa y diestra en el pelear y con tantos géneros de armas para nos defender, salimos tan libres”. Incluso recurre al ejemplo de Pedro Carbonero, quien introdujo una partida de cristianos en territorio nazarí durante la conquista de Granada y, sin medir sus fuerzas, solo consiguió que los matasen a todos ellos, para hacer ver a Carlos I cómo hubo de imponerse –y con qué argumentos– a su gente:

“E después de sabida la victoria que Dios nos había querido dar y cómo dejaba aquellos pueblos de paz, hobieron mucho placer, porque certifico a vuestra majestad que no había tal de nosotros que no tuviese mucho temor por nos ver tan dentro en la tierra y entre tanta y tal gente, y tan sin esperanza de socorro de ninguna parte. De tal manera, que ya a mis oídos oía decir por los corrillos, y casi público, que había sido Pedro Carbonero, que los había metido donde nunca podría salir”⁷⁸.

Cuando es Bernal Díaz del Castillo quien reproduce las arengas de Hernán Cortés, el cronista supo ver la semejanza de la decisión cortesiana de dar con los barcos al través e introducirse en el territorio con un particular paso del Rubicón:

“ya habíamos entendido la jornada á que íbamos, y mediante nuestro Señor Jesu-Christo habíamos de vencer todas las batallas y reencuentros, y que habíamos de estar tan prestos para ello como convenia; porque en qualquier parte que fuesemos desbaratados (lo qual Dios no permitiese) podríamos alzar cabeza, por ser muy pocos, y que no teníamos otro socorro ni ayuda sino el de Dios; porque ya no teníamos navíos para ir á Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones fuertes; y sobre ello dixo otras muchas comparaciones de hechos heroicos de los Romanos. Y todos á una le respondimos que haríamos lo que ordenase, que echada estaba la

⁷⁷ Es harto conocida la apreciación de Cristóbal de Mena acerca de la conquista del Tawantinsuyu en 1534: “Y en verdad no fue por nuestras fuerzas, que éramos pocos, sino por la Gracia de Dios, que es mucha”. Cristóbal de Mena, *La conquista del Perú, llamada la Nueva Castilla*, en Alberto M. Salas, Miguel Ángel Guérin y José Luis Moure (eds.), *Crónicas iniciales de la conquista del Perú*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1987, pp. 65-118, cita en p. 104.

⁷⁸ Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, Barcelona, Sarpe, 1985, pp. 46-47. Bernal Díaz del Castillo también refirió el asunto de Pedro Carbonero, véase, Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. LXIX. Sobre Pedro Carbonero y su alusión en Cortés, véase Martínez Rodríguez, *Hernán Cortés...*, *op. cit.*, pp. 214-215 y nota 22, cuando nos recuerda que, incluso, Lope de Vega le dedicó a Carbonero una comedia. El título exacto de la misma es *El cordobés valeroso Pedro Carbonero*, si bien Lope de Vega tergiversó de manera notable los hechos. La obra apareció por primera vez publicada en *Parte catorce de las comedias de Lope de Vega Carpio*, Madrid, Juan de la Cuesta, 1620.

suerte de la buena, ó mala ventura, como dixo Julio César sobre el Rubicón, pues eran todos nuestros servicios para servir á Dios y á su Magestad⁷⁹.

La diferencia con otros cronistas, en especial Francisco López de Gómara, o, incluso, Francisco Cervantes de Salazar, como es bien conocido, es la falta de indulgencia, aunque la admiración está presente, de Bernal Díaz para con Hernán Cortés. Por ello, en su pluma, la hazaña cortesiana no tenía parangón si la comparamos con muchas de las sucedidas en la Antigüedad, pero no como una alabanza, sino como una locura para muchos de sus compañeros:

“y mas le dixéron, que mirase en todas las historias, así de Romanos, como las de Alexandro, ni de otros Capitanes de los muy nombrados que en el mundo ha habido y no se atrevieron á dar con los navíos al través, y con tan poca gente meterse en tan grandes poblaciones, y de muchos guerreros, como él ha hecho, y que parece que es autor de su muerte, y de la de todos nosotros⁸⁰”.

La contrarréplica de Hernán Cortés, además de recurrir de nuevo a la Divina Providencia, y a los beneficios que en esta vida les serían otorgados por sus hazañas, fue darle la vuelta al argumento de la comparativa con los generales de la Antigüedad y pensar que, sin duda, sus empeños no tenían parangón: “Y á lo que Señores decís, que jamás Capitanes Romanos de los muy nombrados han acometido tan grandes hechos como nosotros, vuestras mercedes dicen verdad. E ahora en adelante, mediante Dios, dirán en las historias, que desto harán memoria, mucho mas que de los antepasados⁸¹”.

Bernal Díaz del Castillo, siempre ambiguo, buscará la luz proyectada por el caudillo y se alinearé con los convencidos de la necesidad de seguir adelante, pero no dejó de mencionar la oposición suscitada. Por ello, el de Medellín se vio obligado a emplearse a fondo con nuevos argumentos, que se irían sucediendo de manera reiterada, a la manera de (casi) aforismos: “[...] procuremos de hacer lo que siempre habeis hecho como buenos soldados, que despues de Dios, que es nuestro socorro é ayuda, han de ser nuestros valerosos brazos”. O, por ejemplo: “Y Cortés respondió medio enojado, que valia mas morir por buenos, como dicen los Cantares, que vivir deshonorados⁸²”.

El clérigo Francisco López de Gómara, quien convivió siete años con el caudillo de Medellín, tuvo la oportunidad de redactar las arengas cortesianas tal y como este las recordaba o, más bien, como se las quiso dictar años más tarde. Pero los argumentos, aunque beneficiados merced a la buena conclusión de la campaña, siguen respetando la ideología subyacente a todo el asunto. Por ejemplo, en la primera arenga de la que se benefició la hueste, Hernán Cortés utilizaría argumentos del siguiente calibre:

⁷⁹ Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. LIX.

⁸⁰ *Op. cit.*, cap. LXIX.

⁸¹ La cita de Hernán Cortés en González, *La idea de Roma...*, *op. cit.*, p. 60.

⁸² Todas las citas en Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. LXIX.

“Pocos sois, ya lo veo; mas tales de ánimo, que ningún esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos; que experiencia tenemos cómo siempre Dios ha favorecido en estas tierras a la nación española; y nunca le faltó ni faltará virtud y esfuerzo. Así que id contentos y alegres, y haced igual el suceso que el comienzo”⁸³.

Y en otra aún más importante, pues se trataba de mantenerse en la guerra una vez habían sido derrotados al verse obligados a huir de México-Tenochtitlan, si bien se había conseguido alcanzar Tlaxcala tras alcanzar la victoria *in extremis* en Otumba, no era momento de flaquear. Por ello, Hernán Cortés señalaba, en texto de Francisco López de Gómara: “como bien sabéis, no pelea el número, sino el ánimo; no vencen los muchos, sino los valientes. Y yo he visto que uno de esta compañía ha desbaratado un ejército entero como hizo Jonatás, y muchos, que cada uno por sí ha vencido mil y diez mil indios, según David contra los filisteos”⁸⁴. Es más, el caudillo extremeño le dio la vuelta a la situación vivida para justificar la perseverancia, pues si bien no eran los primeros en haber sido derrotados, tampoco debían ser los primeros en salir huyendo. En palabras de idéntico cronista:

“¿Qué nación de las que mandaron el mundo no fue vencida alguna vez? ¿Qué capitán, de los famosos digo, se volvió a su casa porque perdiese una batalla o le echasen de algún lugar? Ninguno ciertamente; que si no perseverara, no saliera vencedor ni triunfara. El que se retira, huyendo parece que va, y todos le chiflan y persiguen; al que hace rostro, muestra ánimo y está quedo, todos le favorecen o temen”⁸⁵.

Francisco Cervantes de Salazar no podía escapar a la lógica de ponderar el esfuerzo majestuoso de unos pocos a la hora de enfrentarse a una multitud, pero ahora el argumento también contemplaría las fuerzas superiores de Pánfilo de Narváez y entraríamos en un terreno más resbaladizo. Vayamos por partes. En los enfrentamientos anteriores a la llegada a México-Tenochtitlan, volvería a insistir en el argumento de que, ante el miedo a perder todo lo ganado hasta entonces, los hombres de Hernán Cortés pelearían como leones, pues “suelen los pocos, ayudados de razón y justicia, las más veces vencer a los muchos que lo contradicen”⁸⁶. Pero antes de librarse la crucial batalla de Otumba,

⁸³ López de Gómara, *Historia de la Conquista...*, *op. cit.*, p. 24.

⁸⁴ Sobre el uso de la Biblia en la construcción de los modelos políticos elaborados en el ámbito hispánico en los siglos XVI y XVII, véase Antoni Simon i Tarrés, *La Bíblia en el pensament polític català i hispànic de l'època de la raó d'estat*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2016, en especial el capítulo cuarto dedicado a analizar los *exempla* bíblicos en el pensamiento político de la Época Moderna, pp. 94 y ss.

⁸⁵ López de Gómara, *Historia de la Conquista...*, *op. cit.*, pp. 217-218.

⁸⁶ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España...*, *op. cit.*, libro IV, cap. LXXVI. Dicha idea, muy repetida, aparece por ejemplo en el tratadista militar Bernardino Barroso, para quien entre las virtudes del buen general se hallaba la gran confianza que conseguiría transmitir a sus soldados cuando estos le ven “obrar con pocos mas que otros con muchos”, y entre tantos héroes de la Antigüedad, Barroso, decide también guardar un puesto a Hernán Cortés, “honor y gloria de nuestra España con quanta menos executó empresas, y hazañas tan maravillosas, y jamás oydas, que más parecen milagrosas que humanas [...]”. Bernardino Barroso, *Teórica, práctica y exemplos de guerra*, Milán, Carlo A. Malatesta, 1622, p. 152.

el cronista quiso que el de Medellín tuviese tiempo de arengar a los suyos con nuevos argumentos, que ahora incluían las luchas contra turcos⁸⁷ y moros: “No es cosa nueva que muchos turcos y moros, siendo gente tan bellicosa, acometiendo y apretando a pocos de nuestra nasción hayan sido vencidos y puestos en huida, cuanto más que ya sabéis cuán milagrosamente hemos sido hasta ahora defendidos”. Pero lo dificultoso moralmente era vencer en un conflicto fratricida. Poco antes del enfrentamiento con Pánfilo de Narváez, de nuevo Hernán Cortés asegura a los suyos que, a pesar de su corto número, suplían esa carencia con valor y esfuerzo, “que diez mill de vuestra nasción no se os han igualado, como parece claro por este nuevo mundo que atrás y adelante de nosotros hemos rendido y subjectado a la Corona real de Castilla”. A pesar de su inferioridad numérica y de material de guerra, no deberían obviar la lucha contra sus enemigos, aunque sean españoles, pues la razón y la justicia estarían de su parte. Y los argumentos son de peso: “La vida es breve, la muerte cierta, el bien vivir es bueno, pero el buen morir glorioso, porque toda la vida que atrás queda honra y ennoblese si vencemos”. Como la fortuna de la guerra es siempre azarosa, de lo que no podían dudar era de que, si morían, habrían tenido un final noble, y si eran derrotados y sobrevivían era de esperar clemencia del contrario, pues si era valeroso reconocería el arrojo de sus enemigos. Y, una vez más, Hernán Cortés habría convencido a los suyos de ser mucho mejor acometer que defenderse, pues ante la ofensiva el contrario podría ver decaído su ánimo⁸⁸.

En la prosa del cronista regio Antonio de Herrera tampoco podía faltar un argumento como el que analizamos: la huida del numeroso ejército tlaxcalteca tras la última batalla librada contra la hueste cortesiana es comentada por este autor a partir de una cita de Flavio Vegecio, quien ensalzaba la virtud de los pocos frente a la multitud: *In omni conflictu non tam prodest multitudo quam virtus*⁸⁹. Y en la pugna fratricida contra Pánfilo de Narváez, Antonio de Herrera se explaya sobre cómo jugar todas nuestras bazas de la mejor manera posible. Con citas de Flavio Vegecio y Frontino, el cronista demuestra la pericia de Hernán Cortés a la hora de aceptar una pugna contra un enemigo hasta cuatro veces superior a sus fuerzas, pero muy mal dirigido. La iniciativa siempre estuvo del lado del de Medellín, aunque su opositor creyese lo contrario, pues fiado de su fuerza o, por mejor decir, confiado, no creyó en la extrema osadía del caudillo extremeño, quien se las ingenió para hacer circular dinero, es decir una parte del oro conseguido a modo

⁸⁷ De hecho, Bernal Díaz del Castillo los menciona también en un contexto parecido: “E no sé yo para qué lo escribo así tan tibiamente, porque unos tres o cuatro soldados que se habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces a Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto en algunas que se habían hallado entre cristianos contra la artillería del rey de Francia, ni del gran turco; ni tanta gente como aquellos indios, que con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron”. Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CXXVI.

⁸⁸ Todas las citas en Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España...*, *op. cit.*, libro IV, caps. LXXVI, LXXIX y CXXIX.

⁸⁹ De Herrera, *Historia general de los hechos...*, *op. cit.*, Década II, libro VI, p. 189.

de botín hasta entonces, para comprar a todos los hombres que pudo del enviado del gobernador de Cuba, Diego Velázquez⁹⁰.

Y en la pluma de otro cronista regio, Juan Ginés de Sepúlveda, la exclamación por cómo se desenvuelven en la guerra los aborígenes –calificados como “hombrecillos” que carecen de “prudencia, ingenio, magnanimidad, templanza, humanidad y religión”–, en su *Demócrates segundo o de las justas causas de la guerra contra los indios*, es notoria: “[...] siendo por lo demás tan cobardes y tímidos que apenas pueden resistir la presencia hostil de los nuestros, y muchas veces miles y miles de ellos se han dispersado huyendo como mujeres al ser derrotados por un reducido número de españoles que apenas llegaban al centenar”⁹¹.

¿EMULACIÓN DE LA ANTIGÜEDAD?

José Antonio Maravall, en *Antiguos y Modernos*, trató la cuestión de la influencia del descubrimiento de América en la percepción temporal de la España renacentista: se reforzaba el sentido de pertenecer a una época diferente y, sobre todo, superior a la Antigua, y se consolidaba una visión progresiva de la Historia⁹². Podríamos decir que, al mismo tiempo, dicha concepción caló hondo, hasta el punto de que los cronistas percibieron las hazañas guerreras de un Hernán Cortés como superiores a las de los grandes generales, y de ciertos estadistas, de la Antigüedad clásica, como se ha señalado. Y ello era así a pesar de que la humanidad americana era, con facilidad, fácilmente asimilable a los bárbaros que, de forma sistemática, fueron derrotados por griegos, en especial Alejandro Magno, y romanos, tanto en tiempos de la República como en los del Imperio. En un pasaje de la obra de Francisco Cervantes de Salazar, este pone en boca del de Medellín un discurso clarificador: justo antes de iniciarse el sitio de México-Tenochtitlan a fines de mayo de 1521, el caudillo extremeño comentaba, al recalcar la extraordinaria ayuda recibida de sus aliados, cuyo número cuantificaba en doscientos mil, que justo por eso podía decirse: “tenemos para de tantos por tantos el más lucido y fuerte ejército que entre romanos y griegos yo he leído”. Y añadió, cuando comentó el interés por implantar la verdadera religión en las Indias, que dicho propósito sería, siempre, el primer fin, “a lo que os obliga el nombre de españoles, nada inferior del de los romanos y griegos”. Pero sus hombres tampoco deberían olvidar, a modo de aforismo hasta cierto punto improvisado, que “nunca mucho costó poco y que conviene que

⁹⁰ *Op. cit.*, Década II, libro X, pp. 321-322.

⁹¹ Juan Ginés de Sepúlveda citado en Salvador Leetoy, “Las justificaciones de la guerra de Conquista a través de la mitología del Otro: Las dicotomías del Buen Salvaje y el Bárbaro en crónicas de los siglos XVI y XVII”, en *Redes.com*, n.º 5, Sevilla, 2009, pp. 145-157, cita en p. 152.

⁹² José Antonio Maravall, *Antiguos y modernos. La idea del progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966, pp. 441-453.

cada uno tenga prevenida y tragada la muerte, porque en tales casos es forzoso el morir y derramar sangre⁹³.

La cuestión religiosa es clave en este punto. Un cronista como Gonzalo Fernández de Oviedo fue muy hábil cuando, al referir una de las múltiples exhortaciones de Hernán Cortés a sus hombres, a la hora de evaluarla no podía hacerlo en los términos trazados, por ejemplo, por autoridades como Jenofonte, autor muy utilizado por el cronista, pues aquel no podía referirse al hecho de luchar en una guerra tan particular, pues se trataba de llevar la verdadera religión, cristiana, a los paganos, algo que el autor griego, pagano asimismo, no pudo hacer, como es obvio. No era una autoridad competente a ese nivel, en definitiva, por ello el cronista utilizará las Sagradas Escrituras –*Libro de los Jueces*, capítulo VII, versículo 5–, en concreto el momento en que Dios le confió a Gedeón que con un escaso número de hombres, escogidos, obtendría la victoria sobre sus enemigos madianitas, para, de inmediato, citar a Flavio Vegecio y señalar que no se debía creer que era mejor la multitud (en la guerra), ni cabía desconfiar en ser pocos, pues siempre se debía confiar en la Providencia Divina. Hernán Cortés habría asegurado en ese momento a su gente que le bastaba contar con uno solo de ellos, o incluso él mismo como único miembro de la hueste, para continuar con su propósito conquistador. Una vez había mostrado su interés por hacerlo, pues él no les fallaría en tales propósitos y, lo más importante, no se fallaría a sí mismo. Y, con todo, reconocía como quienes

“atienden al hecho de las armas, no le exerçitan con ánimo de estar siempre entre aquellas, sino que por medio suyo estiman conseguir riquezas é grandissimos y esquisitos honores, é potència, ó mayor feliziçidad para sí é para su patria [...], y para conseguirlo no deben olvidar lo siguiente: ‘Debeys de mirar que mostrar á los naturales qualquiera flaqueça de ánimo será dar esfuerço á los enemigos é perder el crédito é reputaçion con nuestros confederados, para que con justa causa nos dexen, ó sean contra nosotros’⁹⁴.

Desde luego, un suceso como la Noche Triste, pues en dicho contexto se produjo la arenga⁹⁵, debía explicarse, más que por la adversa fortuna, sobre todo por su condición de pecadores, que debían remediar, pues la Providencia Divina, como era notorio a todos, les había sido favorable hasta entonces y no deberían perderla.

⁹³ Todas las citas en Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España...*, *op. cit.*, libro V, cap. CXI, pp. 560-561.

⁹⁴ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, *op. cit.*, tomo II, pp. 332-333.

⁹⁵ Sobre el valor de la arenga para aumentar la acometividad de la hueste cortesiana, sirva como ejemplo la reflexión de fray Francisco de Aguilar, quien profesó en la orden de los franciscanos años después de acabada la guerra, según el cual: “El capitán algunas veces nos hacía unas pláticas, dándonos a entender que cada uno de nosotros había de ser conde o duque y señores de dictados, y con aquello, de corderos nos tornaba leones e íbamos sin temor ni miedo ninguno con tan grande ejército”. Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, edición de Jorge Gurriá, México D. F., UNAM, 1980, p. 84.

De todos los cronistas, es Gonzalo Fernández de Oviedo quien más se apoya en la obra de Jenofonte⁹⁶, y en la figura de Ciro el Grande⁹⁷, emperador persa, para glorificar la imagen de Hernán Cortés, al que trata como un perfecto capitán. De hecho, Gonzalo Fernández de Oviedo había utilizado una cita de la *República* de Platón para dejar clara la naturaleza belicosa del de Medellín, en el sentido de que la guerra y los pensamientos acerca de la misma, eran consustanciales al personaje. La cita de Platón dice: “Tal es cada uno, qual es la cosa que ama ó aquella de que se deleyta”. Por supuesto, el cronista trataría casi de inmediato al caudillo extremeño como el trascendental y muy necesario instrumento divino para la consecución de la conquista de Nueva España. Según Jenofonte⁹⁸, el rey persa Ciro el Grande aseguraba “quel ofiçio del príncipe ha de ser sobrepujar á los otros de prudenciã, consejo, industria é fatiga, no oçiosidad é quietud é voluptad”, y “todas estas buenas partes cabían en la persona de Hernando Cortés”, escribía a continuación el cronista. Y, poco más adelante de su obra, Gonzalo Fernández de Oviedo insiste en algunos aspectos, como la fidelidad y el esfuerzo, la buena disciplina inculcada a los suyos sobre la base de la propia tenacidad de Hernán Cortés, ese perfecto capitán como ya se ha reseñado. Una vez más, el historiador recurría al ejemplo persa:

“Las leyes pérsicas eran fundadas principalmente en dos cosas: la primera en enseñar á los hombres á obedecer, i la segunda en mostrar á los principes á mandar los súbditos: sin dubda Hernando Cortés tovo en esto espeçial graçia, porque como prinçipal capitán sabia mandar sus exércitos, é á los que nuevamente venían á la obidienciã los enseñaba á obedesçer con halagos é palabras dulçes, é con dádivas é gratifiçaciones, quando convenia. É tan manso é benigno era en la paz como áspero é resçiõ punidor de los que con el cuchillo avian de ser corregidos”⁹⁹.

⁹⁶ Las principales obras de Jenofonte, la *Cyropaedia* y la *Anábasis*, fueron traducidas al castellano por el secretario regio Diego Gracián de Alderete, pero después de la muerte de Gonzalo Fernández de Oviedo, quien hubo de leerlo en original griego o en una traducción latina. Diego Gracián, *Las obras de Xenophon trasladadas de Griego en castellano [...]*, Salamanca, Juan de Junta, 1552. El humanista Francesco Filelfo fue el autor de la primera traducción latina, completa y rigurosa, de Jenofonte, que terminó en Milán en 1467; al toscano fue traducido en 1470 por Matteo Maria Boiardo y en 1476 por Jacopo Bracciolini, todas ellas obras que fueron reeditadas los siguientes años y pudieron ser leídas por el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo. Al respecto, véase Manel García Sánchez, “¿Príncipes o tiranos? La *Ciropedia* de Jenofonte, la monarquía aqueménida y los *specula principum* de la modernidad (siglo XVI)”, en *Gerión. Revista de Historia Antigua*, n.º 37, vol. 2, Madrid, 2019, pp. 399-423.

⁹⁷ Sobre las arengas en la obra de Jenofonte, véase Juan Carlos Iglesias Zoido, “La arenga militar en Jenofonte: a propósito de *Ciropedia* 3.3.48-55”, en *Norba*, n.º 16, Cáceres, 1996-2003, pp. 157-166.

⁹⁸ En realidad, la *Ciropedia* de Jenofonte ofreció a los humanistas un modelo de soberano ideal, si bien en el caso de Gonzalo Fernández de Oviedo buscaba más bien ensalzar a un líder ideal, no tanto en la lucha contra los turcos, como ocurriría en Europa, sino en el ámbito de la conquista de América. Para el uso del *speculum principis* de Jenofonte en la Europa del momento, véase Manel García Sánchez, “¿Príncipes o tiranos? La *Ciropedia* de Jenofonte, la monarquía aqueménida y los *specula principum* de la modernidad (siglo XVI)”, en *Gerión. Revista de Historia Antigua*, n.º 37, vol. 2, Madrid, 2019, pp. 399-423. En palabras de García Sánchez, “Fue Jenofonte un rico vivero de inspiración para reflexiones sobre el liderazgo, la estrategia o el comandante ideal”, p. 401. Y es obvio que el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo lo utilizó en ese sentido.

⁹⁹ Todas las citas en Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, op. cit., tomo II, libro XXXIII, cap. XVI, pp. 336, 340-341.

Por no cambiar de cronista, Gonzalo Fernández de Oviedo ensalzaría con nuevos bríos al caudillo de Medellín, a quien sin pudor alguno, tras confirmar sus buenas cualidades tales como habilidad, esfuerzo y prudencia, podía comparar con “nuestro español y extremeño” Viriato¹⁰⁰, citando a Justino¹⁰¹; pero la comparativa continúa con “las militares fatigas de aquel espejo de caballería Julio César, dictador, como parece por sus *Comentarios*¹⁰², e por Suetonio¹⁰³ é Plutarco¹⁰⁴”. Pero hay una gran diferencia entre el de Medellín y el dictador de Roma: las hazañas de Hernán Cortés se produjeron

“en un mundo nuevo é tan apartadas provincias de Europa, é con tantos trabaxos é neçessidades é pocas fuerças, é con gente tan innumerable e tan bárbara é belicosa é apacentada en carne humana (é aun ávida por excelente ó sabroso manjar entre sus adversarios), é faltándole á él é á sus milites el pan é vino é los otros mantenimientos todos de España, y en tan diferenciadas regiones é ayres, é tan desviado ó lexos de socorro é de su príncipe, cosas son de admiración”.

En cambio, Julio César peleó en Europa, con ejércitos numerosos y en provincias ricas y bien abastecidas, y, ya puestos, Viriato lo hizo en su patria¹⁰⁵.

¹⁰⁰ Sobre el héroe hispano-lusitano Viriato, véase Jaime Alvar, “Héroes ajenos: Aníbal y Viriato”, en José María Blázquez y Jaime Alvar (eds.), *Héroes y antihéroes de la antigüedad clásica*, Madrid, Cátedra, 1997, pp. 137-154.

¹⁰¹ El historiador Justino es importante por su *Epítome* a las *Historias Filípicas* de Pompeyo Trogo. A partir de dicho trabajo, los historiadores tardomedievales y humanistas que procuraban construir un pasado para la Península Ibérica encontraron una valiosa fuente de inspiración. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo fue un heredero directo del interés suscitado por Justino en su época, en especial por el uso que hizo de este Florián de Ocampo. Sobre Justino, véase Pamina Fernández Camacho, “El ‘Epítome’ de Justino como mina de motivos historiográficos humanísticos. Fenicios, cartagineses y romanos en la ciudad de Gades”, en *Cuadernos de Filología Clásica: Estudios latinos*, n.º 38, vol. 2, Madrid, 2018, pp. 215-227.

¹⁰² María Victoria Fernández Savater, “Los comentarios a Julio César como manuales de arte militar y educación de príncipes”, en VV. AA., *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Prieto*, vol. IV, Madrid, CSIC, 2008, pp. 691-700.

¹⁰³ La *editio princeps* de las *Vidas de los Doce Césares* de Suetonio data de 1470. En 1490 (Venecia, Baptista de Tortis), 1493 (Venecia, Benedetto Faelli) y 1496 (Venecia, Simone Bevilacqua) se editó de nuevo a Suetonio con gran éxito, a las que siguieron nuevas ediciones en Venecia, además de otras en Lyon, Bolonia o París, hecho que da buena cuenta de su reputación como modelo para las biografías, con sus luces y sombras, de los grandes dignatarios. Los cronistas de Indias (salvo Antonio de Herrera) hubieron de leer a Suetonio en latín, dado que la primera traducción al castellano es la de Jaume Bartolomé publicada en Tarragona por Felipe Roberto en 1596. A menos que la hubiesen leído en francés (París, Pierre Vidove, 1520) o en italiano (Venecia, Venturino di Rossinelli, 1529). Véase Matilde Conde, “Las versiones francesas e italianas de las ‘Viae duodecim Caesarum’ realizadas en el s. XVI. Ejemplares en bibliotecas españolas”, en María Teresa Muñoz y Leticia Carrasco (eds.), *Miscellanea latina*, Madrid, Sociedad de Estudios Latinos / Universidad Complutense, 2015, pp. 497-502.

¹⁰⁴ Plutarco también fue muy utilizado por fray Juan de Torquemada. Véase Germán Santana, “Plutarco en las crónicas de Indias: un caso de intertextualidad en el libro X de la *Monarquía Indiana* de Juan de Torquemada”, en Manuel M. Sanz, Ramiro González, Myriam Librán y Jesús Ureña (eds.), *La (inter)textualidad de Plutarco*, en Actas del XII Coloquio Internacional de la Sociedad Española de Plutarquistas, Cáceres, 8 al 10 de octubre de 2015, pp. 273-282.

¹⁰⁵ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, *op. cit.*, tomo II, libro XXXIII, cap. XX, p. 360.

De todas formas, Gonzalo Fernández de Oviedo no creyó que una personalidad como Hernán Cortés pudiera tener suficiente en su ejercicio comparativo con ejemplos del mundo romano, de modo que el caudillo extremeño también sería comparado con Darío el Grande. El cronista argumenta que si bien su comportamiento con Diego Velázquez no fue el más adecuado, no obstante los buenos fines que se consiguieron con su astucia merecieron tal esfuerzo:

“Quiero decir, que si buena astucia fué la de Dario para quedar señor, que no fué mala ni desconviniendo la de Hernando Cortés, para quedarse por capitán general en aquella tierra hasta saber la voluntad de su Rey: el qual no solamente aprobó su persona é servicios, pero dióle estado é títulos de honor, como adelante la historia lo dirá”¹⁰⁶.

Y, sobre todo, con Alejandro Magno. La figura del rey de Macedonia, y conquistador de Asia, es recogida, y utilizada, por el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo cuando, en una conversación con Cratero según la relata Quinto Curcio¹⁰⁷, le diría: “Muchos estiman la vida por el sumo bien; pero muchas veces son de la amarga muerte ocupados. Yo que no mis años, sino mis victorias, suelo numerar, si los dones de la natura cuento, luengo tiempo he vivido”. El caso es que, para Gonzalo Fernández de Oviedo, “Por cierto si esta regla ó cuenta hace Cortés, tenerse puede por de luenga edad, segund las victorias que le ha dado Dios; y tanto son de tener en más, quanto con más flaco principio que Alexandro començó este capitán á buscar renombre entre los que son más ilustres é loables en el mundo”¹⁰⁸.

Cabe anotar, sin abandonar todavía la figura del magno Alejandro, cómo en diversos relatos sobre la batalla de Otumba, librada el 7 de julio de 1520, y gran victoria *in extremis* de Hernán Cortés y su gente, pues permitió su supervivencia en campaña, el caudillo extremeño nos es presentado en su máxima gloria, pues añadió un esfuerzo personal extraordinario, heroico, abatiendo en persona al líder mexicana en dicho encuentro. Fray Diego Durán realizaría una recreación de, más que la batalla, la acción personal del de Medellín que, a la fuerza, recuerda a la de Alejandro Magno en Gaugamela (331 a. C.)

¹⁰⁶ La figura de Alejandro Magno tuvo enorme trascendencia en la literatura medieval, incluida la hispánica. En concreto, en la renovación del concepto de fama en el siglo XV. Al respecto, María Rosa Lida de Malkiel, “La leyenda de Alejandro en la literatura medieval”, en *La tradición clásica en España*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 166-197, en especial pp. 194-197.

¹⁰⁷ La historia de Alejandro Magno de Quinto Curcio, en los años que estuvo activo Gonzalo Fernández de Oviedo, fue impreso en tres ocasiones en España: en traducción al castellano (Sevilla, Juan de Valera, 1518), una edición latina (Alcalá de Henares, Miguel de Eguía, 1524) y de nuevo en Sevilla en la famosa imprenta de Juan Cromberger (1534). Manuel Ayuso, “Notas sobre algunas ediciones y ejemplares postincunables de Ovidio, Valerio Máximo y Quinto Curcio editados en España en el s. XVI”, en *Myrtia: revista de filología clásica*, n.º 32, Murcia, 2017, pp. 147-157.

¹⁰⁸ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, *op. cit.*, tomo II, libro XXXIII, caps. XXXII y XXXIII, pp. 428-433. Un interesante ejercicio comparativo entre las trayectorias de Alejandro Magno y Hernán Cortés, en Brian Bosworth, “A tale of Two Empires: Hernán Cortés and Alexander the Great”, in Brian Bosworth & Elizabeth J. Baynham, *Alexander the Great in Fact and Fiction*, Nueva York, Oxford University Press, 2000, pp. 23-49.

en el sentido de que fue el ataque fulminante del monarca macedonio contra la posición de Darío III el momento decisivo de aquel famoso combate. El padre Durán describió con precisión el momento cortesiano: al descubrir este cómo la suerte de la batalla por parte mexica se dirigía desde una posición elevada que dominaba la llanura, donde se hallaba un oficial mexica de alto rango, pues el estandarte, las insignias, armas y aderezos así lo delataban, el de Medellín se apropiaría de un caballo joven, todavía casi sin domar en palabras de Diego Durán, “aunque recio y de mucho ánimo” —otra posible asimilación con Alejandro al recordar la doma de su caballo, Bucéfalo—, y tomando una lanza arremetió en solitario por entre las filas de indios hasta alcanzar al alto oficial mexica, al que mataría a lanzazos. Una vez caído este al suelo, los integrantes del gran ejército mexica se dieron a la fuga¹⁰⁹.

Sea como fuere, Hernán Cortés hubo de improvisar en un principio su sapiencia militar, pero, con el tiempo, esta se hizo sólida. Luego, poco más tarde, sus aduladores hicieron el resto. El propio caudillo extremeño contribuyó a limpiar su imagen, presentándose como un héroe cristiano en sus *Cartas de relación*¹¹⁰. Muy pronto la gran hazaña militar cortesiana adquirió el estatus de las grandes victorias de los héroes de la Antigüedad, ya fuesen Alejandro Magno, Aníbal o César, en las obras de Francisco López de Gómara o, como hemos visto con un cierto detalle, en la de Gonzalo Fernández de Oviedo. Este último escribía: “Sin dubda alguna la habilidad y esfuerzo¹¹¹ é prudencia de Hernando Cortés muy dignas son que entre los cavalleros é gente militar en nuestros tiempos se tengan en mucha estimación en los venideros nunca se desacuerden”. Las gestas cortesianas le servían, pues, a Gonzalo Fernández de Oviedo para recordar no solo al gran Julio César, tal y como las había narrado el propio dictador, sino que haciendo gala de erudición comparó la defensa que el caudillo extremeño hiciese de uno de los puentes destruidos de México-Tenochtitlan poco antes de la Noche Triste con la hazaña, también en un puente, del héroe mítico romano Horacio Cocles, tal y como la relatara Tito Livio¹¹² puntualiza el cronista. Asimismo, escribió Gonzalo Fernández

¹⁰⁹ Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, México, Ignacio Escalante, 1880, tomo II, p. 51. Respecto al liderazgo de Hernán Cortés en Otumba, Francisco López de Gómara escribió: “No ha habido más notable hazaña ni victoria en Indias después que se descubrieron; y cuantos españoles vieron pelear este día a Fernando Cortés afirman que nunca hombre peleó como él, ni los suyos así acaudilló, y que él solo por su persona los libró a todos”. López de Gómara, *Historia de la Conquista...*, *op. cit.*, p. 213.

¹¹⁰ Sobre la transición cortesiana de rebelde a héroe, véase Beatriz Pastor, *El segundo descubrimiento. La conquista de América narrada por sus coetáneos (1492-1589)*, Barcelona, Edhasa, 2008, pp. 156 y ss.

¹¹¹ Sobre el esfuerzo en este ámbito escribiría poco después de la caída de México-Tenochtitlan Juan López de Vivero Palacios Rubios su *Tratado del esfuerzo bélico heroyco* (Salamanca, Gaspar de Rossiñolis, 1524) con la intención de ofrecerle a su vástago las claves psicológicas del valor en el combate. Su obra es una oda al valor, a la honra y a la gloria ganadas merced al esfuerzo, pero sin excluir la clemencia del vencedor, ideales bélicos todos ellos de corte caballeresco. También señalaba la animadversión del autor acerca de las armas que matan a distancia —desde la ballesta al arma de fuego portátil—, no solo porque impedían la lucha cuerpo a cuerpo, y por lo tanto imposibilitaban al caballero demostrar sus virtudes en el combate aprendidas tras muchos años de ejercicio, sino que, aún peor, dichas armas permitían al plebeyo matar al caballero. Véase Espino, *Guerra y cultura...*, *op. cit.*, pp. 33-34.

¹¹² Sobre la narración de batallas en Tito Livio, véase Jesús Bartolomé Gómez, *Los relatos bélicos en la obra*

de Oviedo, que, si bien era factible que Hernán Cortés no hubiese leído a Vegecio o a Catón, “é á otros excelentes autores, que escribieron sobre el arte militar; mas afirmo é creo quel ingenio deste capitán era tal en las cosas de la guerra, que naturalmente nasció para enseñar á otros muchos lo que en ella se debe haçer”¹¹³.

Por su parte, Karl Kohut, en un trabajo sobre la primera recepción de las cartas cortesianas en Alemania, recoge las impresiones del traductor –al latín–, Pietro Savorgano¹¹⁴, para quien el de Medellín era asimilable a Aníbal y Alejandro Magno –cuando traduce la *Segunda carta de relación*–, y a Salomón, Hércules, los faraones egipcios y, de nuevo, Alejandro Magno cuando traduce la *Tercera carta de relación*¹¹⁵.

Bernal Díaz del Castillo aseguraba que el caudillo extremeño, una vez tenía más que decidida la entrada en el territorio y había mandado dar al través a sus buques, usó las guerras de los romanos para alentar a sus hombres –“[...] y sobre ellos dixo otras muchas comparaciones de hechos heroicos de los Romanos”–. Tras la exitosa pero agónica batalla de Otumba, nuestro cronista reconoció ser “más digno de loores nuestro Cortés que no los romanos”. Poco más adelante en su libro, exclama: “era tan tenido y estimado este nombre de Cortés en toda Castilla como en tiempo de los romanos solían tener a Julio César o a Pompeyo [...] y entre los cartagineses a Aníbal”. Incluso Bernal Díaz del Castillo quiso que el derrotado Pánfilo de Narváez hablase bien de Hernán Cortés ante Francisco de Garay, alabando de paso a sus oficiales y soldados: “otros más venturosos en el mundo no han habido que Cortés; y tiene tales capitanes y soldados que se podrían nombrar tan en ventura cada uno en lo que tuvo entre manos, como Octaviano, y en el vencer como Julio César, y en el trabajar y ser en las batallas como Aníbal [...]”¹¹⁶.

Francisco Cervantes de Salazar es de los pocos, por no decir el único cronista, que fue capaz de asimilar a los aliados tlaxcaltecas con los soldados romanos, nada menos “[...] en el cerco de México, donde, como adelante se dirá, pelearon, no como indios, sino como romanos”. Pero, aún más notable, también ensalzó la lucha de las mujeres mexica defendiendo a sus hijos y su ciudad:

“No menos que ellos [los hombres] porfiaron las mujeres, queriendo morir con sus maridos y padres, tiniendo en poco la muerte, después de haber trabajado en servir los enfermos, curar los heridos, hacer hondas y labrar piedras para tirar. Peleaban como romanas, desde las azoteas, tirando tan recias pedradas como sus padres y maridos”¹¹⁷.

de Tito Livio, Vitoria, UPV, 1995.

¹¹³ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, op. cit., tomo II, pp. 324, 341, 360-361.

¹¹⁴ La traducción de Pietro Savorgano fue publicada en Nüremberg por Federicus Peypus Arthemesium en 1524.

¹¹⁵ Karl Kohut, “Hernán Cortés, héroe imperial”, en Martínez Martínez y Mayer (coords.), *Miradas sobre Hernán Cortés...*, op. cit., pp. 67-85, en especial p. 71. Sobre la recepción en Europa de la primera idea sobre el mundo mexica, Benjamin Keen, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, México D. F., FCE, 1984.

¹¹⁶ Todas las citas en Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, op. cit., fs. 40, 72v, 111 y 221.

¹¹⁷ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España...*, op. cit., libro V, caps. XLIV y CXCVII.

Entre los autores religiosos encontramos asimismo quienes encomiaron a Hernán Cortés. Gonzalo de Illescas, en su *Historia Pontifical y Católica*, afirmaba que los grandes generales de la Antigüedad, con sus enormes ejércitos, “no hicieron tanto como este nuestro español con quinientos cincuenta compañeros”¹¹⁸. O fray Francisco de Aguilar, quien primero fuera soldado y más tarde fraile, para quien el caudillo Cortés, en el día de Otumba, “se señaló [...] muy mucho y se igualó en las proezas y esfuerzo con César Augusto y con los mejores capitanes del mundo y no sólo él sino también los demás capitanes, porque eran pocos y los contrarios pasaban de quinientos o seiscientos mil hombres escogidos”, ni más ni menos¹¹⁹.

¿Pero eran los aborígenes americanos rivales dignos, en el sentido de que pelear contra ellos permitía ganar la gloria? Es dudoso. Para muchos cronistas del momento, la respuesta fue un no rotundo. El crítico Girolamo Benzoni, por ejemplo, se encarnizó con Vasco Núñez de Balboa: “Pretenden algunos que Balboa fue un grande y victorioso capitán, más capaz con las armas que cualquier otro capitán romano, porque siempre que combatió con los indios resultó vencedor”, dichas loas eran, en su opinión, “más risibles que sorprendentes”¹²⁰. Pero Antonio de Herrera, tratando sobre los tlaxcaltecas, quienes, al fin y al cabo, acabarían siendo los aliados más fiables de Hernán Cortés y su hueste, aseveraba que estos eran capaces de presentarse en el campo de batalla en un “gentil orden, repartido en sus escuadrones, no en hileras ordenadas, sino apeñuscados”¹²¹. Ahora bien, al menos un cronista, Francisco Hernández, no dudó en escribir: “[...] se cree que todas las victorias posteriores de Cortés, las debió al auxilio de los tlaxcaltecas”¹²².

John H. Elliott consideró en su momento que el, hasta cierto punto lo podemos llamar así, menosprecio padecido por los conquistadores en la Península Ibérica se debía a que ni estos, “[...] de origen relativamente humilde, ni sus salvajes oponentes tuviesen la talla requerida por los héroes épicos”¹²³. Y, con todo, Gregorio López Madera, autor de una obra de gran trascendencia, *Excelencias de la Monarquía y reyno de España*¹²⁴,

¹¹⁸ Citado en Reynolds, *Hernán Cortés en la literatura...*, *op. cit.*, pp. 115-119. Según Winston A. Reynolds, “Julio César es el héroe de la antigüedad que se compara más con Cortés”. También Francisco Pizarro y Orellana citaría a Gonzalo de Illescas recordando la proeza no solo de Hernán Cortés, sino la de Francisco Pizarro, quien “con menos de cien Españoles prendió al emperador Atabaliva rodeado de millones de indios muy prevenidos”, lo cual lleva a pensar en que el autor estableció una competencia, quizá inconsciente, entre las gestas de ambos. Francisco Pizarro y Orellana, *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1639, pp. 89-90.

¹¹⁹ De Aguilar, *Relación breve de la conquista...*, *op. cit.*, p. 93, nota k.

¹²⁰ Girolamo Benzoni, *Historia del Nuevo Mundo*, Madrid, Alianza, 1989, p. 142. La dura opinión del milanés Benzoni podemos contrastarla, o matizarla, con la de Ludovico Ariosto, quien ensalzó al caudillo extremeño y su gesta conquistadora como un elemento más de la glorificación del emperador Carlos V. La opinión de Ariosto en Carlos J. Hernando, *Las Indias en la Monarquía Católica. Imágenes e ideas*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1996, pp. 47-48.

¹²¹ De Herrera, *Historia general de los hechos...*, *op. cit.*, Década II, libro VI, p. 186.

¹²² Francisco Hernández, *Antigüedades de la Nueva España*, Madrid, Historia 16, 1986, p. 211.

¹²³ John H. Elliott, *El Viejo Mundo y el Nuevo 1492-1650*, Madrid, Alianza, 1984, p. 26.

¹²⁴ La obra fue publicada en Valladolid en la imprenta de Diego Fernández de Córdoba en 1597.

consideraba como prueba de dicha excelencia los muchos hombres de armas que se habían prodigado en esta tierra, resaltando de entre los modernos al Gran Capitán, Hernán Cortés y don Juan de Austria¹²⁵. También Bernardo de Vargas Machuca en su *Milicia y Descripción de las Indias*, cuya primera edición data de 1599, podía colocar al nivel de Alejandro Magno o Julio César a gentes como Hernán Cortés, Francisco Pizarro o Gonzalo Jiménez de Quesada, cuyos hechos de armas continuaban sirviendo de ejemplo. De la misma forma, el maestre de campo Francisco de Valdés, en su *Espejo y disciplina militar*¹²⁶, o incluso Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme, en sus *Rodomontades et les jurements des Espagnols* (c. 1600), dejarían testimonio de su admiración por las proezas militares de Hernán Cortés¹²⁷. Mientras que Giovanni Botero, en su *Della ragion di Stato* (1589), no entendía que los mismos que rebajaban las proezas de los españoles en el Nuevo Mundo, en cambio celebrasen “las proezas de los atenienses contra Jerjes o de Alejandro Magno contra Darío, o las de Lúculo contra Tigranes o de Escipión contra Antíoco”¹²⁸.

En cualquier caso, ciertamente, un conquistador como Bernal Díaz del Castillo no deseaba emparejarse con César en su estilo literario, sino en sus hazañas bélicas:

“Me hallé en más batallas y reencuentros de guerra que dicen los escritores que se halló Julio César, y para escribir sus hechos tuvo extremados cronistas y no se contentó de lo que de él escribieron, que el mismo Julio César por su mano hizo memoria en sus *Comentarios* de todo lo que por su persona pasó”¹²⁹.

Y tampoco olvidaba que los hechos de armas de los españoles, de todos y cada uno, no solo de Hernán Cortés, estaban por encima de las de los romanos: “jamás capitanes romanos de los muy nombrados han cometido tan grandes hechos como nosotros”¹³⁰.

Ya en el Seiscientos, Baltasar Gracián, en *El Héroe* (1637), se refirió a Hernán Cortés de la siguiente manera: “Nunca hubiera llegado a ser Alejandro español y César indiano, el prodigioso marqués del Valle, don Fernando Cortés, si no hubiera barajado los empleos; cuando más por las letras hubiera llegado a una vulgarísima medianía, y por las armas se empinó a la cumbre de la eminencia”¹³¹.

¹²⁵ Gregorio López Madera, *Excelencias de la Monarchia y reyno de España*, cap. VIII. Para Bernal Díaz del Castillo, los grandes héroes castellanos eran el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, y su oficial más sobresaliente, el extremeño Diego García de Paredes. Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CXCIII.

¹²⁶ La primera edición se publicó en Madrid por Pedro Cosín en 1578.

¹²⁷ Gabriela Vallejo, “La construcción de Nueva España: el mundo del libro”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 44, vol. 1, Madrid, 2019, pp. 83-107, en especial p. 88, nota 21.

¹²⁸ Citado según la edición de Luciana de Stéfano y Manuel García-Pelayo, Caracas, Universidad Central, 1962, p. 174.

¹²⁹ Citado en González, *La idea de Roma...*, *op. cit.*, p. 60.

¹³⁰ *Ibid.*

¹³¹ Citado en Reynolds, *Hernán Cortés en la literatura...*, *op. cit.*, p. 90. Para Baltasar Gracián, los tres grandes conquistadores de la Historia habían sido Alejandro Magno, Julio César y Hernán Cortés.

Otro admirador del caudillo de Medellín, Juan de Tamayo Salazar, autor de *Triunfo de las armas católicas por intercesión de María N. Señora*, una obra impresa en Madrid en 1648, cuando trataba acerca del éxito definitivo sobre las armas mexicanas en 1520, equivocándose de fecha, reflexionaba sobre las virtudes del buen general que, en su opinión, aparte del rey Argesilao, en Hernán Cortés habían sobresalido:

“La prudencia en el General, es la oficina de la fortuna. La valentía es la perfección de la empresa. Con ésta, sin aquélla, se camina a la temeridad, y se llega a la ruina. Con aquélla, sin ésta, se yelan las disposiciones, y se enfrían los sucesos. Hazer mezcla de las dos a un nivel, es el fundamento firme de la milicia; y el propugnáculo fuerte de las armas”¹³².

Y en la aprobación que el erudito Nicolás Antonio hace de la *Historia de la conquista de México* (primera edición de 1684) de Antonio de Solís, podemos leer:

“Llenos están los libros de las proezas de Hernan Cortès, y de esta su empresa, no inferior, à mi parecer, por el poco número de su gente, por las dificultades que se le opusieron, por las peligrosissimas batallas [...] no inferior, digo, à las de Alexandro, à las de César, à las de Belisario y à las de tantos Reyes de nuestra España”¹³³.

En interesante opinión de Luis Weckmann, los rasgos de crueldad y codicia de los que dio buena muestra Hernán Cortés lo apartarían, en realidad, de los ideales caballerescos¹³⁴. De hecho, si fuésemos en extremo críticos con todos ellos, a la manera del ya citado Brian Bosworth, nadie, incluyendo a Alejandro Magno o Julio César, hubiera podido servir como paradigma de dichos ideales caballerescos¹³⁵, pues todos fueron crueles y codiciosos (o ambiciosos). Y en clarividentes líneas de Eduardo Subirats:

“Las virtudes heroicas del guerrero eran la condición necesaria, por derecho natural y divino, de la legitimidad de su guerra de ocupación y exterminio, contra aquellos que este mismo principio heroico debía necesariamente de estigmatizar como lo radicalmente negativo: estado de naturaleza y de gentilidad, barbarie y pecado, en fin, el indio”¹³⁶.

¹³² Espino, *Guerra y Cultura...*, *op. cit.*, p. 353.

¹³³ Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, Madrid, Imprenta y librería de Joseph Garcia, 1758, f. 12v.

¹³⁴ Luis Weckmann, *La herencia medieval de México, tomo I*, México D. F., El Colegio de México, 1984, p. 180. En la misma línea se sitúa Aurelio Iván Guerra, si bien insiste en que Hernán Cortés utilizó símiles literarios en sus *Cartas de relación* extraídos de las novelas de caballerías, pero sin seguir *stricto sensu* la ética caballerescas. Más que en *Amadís de Gaula*, la manera de actuar propia de Cortés se reflejaría en otro caballero andante, *Floriseo*, una obra publicada por Fernando Bernal en 1516. Aurelio Guerra, “La caballería heterodoxa de Hernán Cortés: paralelos con el *Floriseo* de Fernando Bernal”, en *Tirant*, n.º 19, Valencia, 2016, pp. 205-224.

¹³⁵ Sobre las novelas de caballerías como transmisoras de dichos ideales, o modelos, caballerescos, véase Fernando Carmona, “Conquistadores, utopía y libros de caballerías”, en *Revista de Filología Románica*, n.º 10, Madrid, 1993, pp. 11-29.

¹³⁶ Eduardo Subirats, *El Continente Vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la concepción moderna*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1994, p. 87.

CONCLUSIONES

Si, como decía Alfonso Mendiola, los españoles “no cambiaron su concepción del mundo al entrar en contacto con la *nueva* realidad americana”¹³⁷, como es lógico tampoco esa realidad iba a poder afectar, al menos no en el corto plazo, sus valores éticos-militares. En todo caso, se promocionaron nuevos ejemplos de “héroe”. Podemos afirmar que la figura de Hernán Cortés fue en extremo mimada por los cronistas del Quinientos, con una fama que perduraría hasta el setecientos¹³⁸, por solo referirnos a las centurias de la Época Moderna. Haciendo gala de un buen uso de los autores clásicos de la Antigüedad, consiguieron que el lector europeo se convenciera de las virtudes del buen capitán de las que gozó el caudillo extremeño, arropado siempre por la Fortuna y con la Providencia Divina laborando a su favor. Supo inducir entre los miembros de su hueste la necesidad de comportarse como una aguerrida élite militar, entre los que debían prevalecer virtudes como la fidelidad, la disciplina, la valentía y el esfuerzo para triunfar en tamaña empresa, que implicaba luchar contra enormes masas de contrarios. Así, la calidad siempre se impondría a la cantidad, tal y como los autores del pasado grecorromano habían defendido con insistencia notoria. De hecho, en multitud de frases que, podemos considerar, adquirieron el estatus de aforismos, los cronistas loaron las acciones de sus compatriotas, y en especial del gran caudillo, Hernán Cortés, quien, incluso, podía ser situado por encima de muchos de los grandes nombres del elenco militar de la Antigüedad, pues no en vano la guerra en Indias escapaba a cualquier comparación con el pasado bélico europeo o asiático. Por ello, se escribió sobre Hernán Cortés a la manera de los autores clásicos, solo que para sublimar su imagen. Era el “buen general”, el “perfecto general”, pues, al fin y al cabo, había conquistado un imperio. Y ante dicha realidad incontestable, cualquier posible crítica se esfumaba. En definitiva, aunque determinadas actitudes o decisiones cortesianas se le discutieron, y no sin motivo, pues el de Medellín no solo fue un rebelde y opositor al gobernador de Cuba, Diego Velázquez, sino que también derrotó a su enviado Pánfilo de Narváez, y tuvo sus más y sus menos con otro gobernador y capitulante, Juan de Garay. Pese a ello, el triunfo final estuvo de su lado. De alguna manera, Hernán Cortés tuvo la osadía de vencer y la amplia mayoría de sus contemporáneos la gentileza de alabar al vencedor. Pero ¿cuál fue el verdadero alcance de la victoria del caudillo extremeño?

En realidad, y aunque el propio interesado se explayase en sus extraordinarias *Cartas de Relación* a la hora de fijar el 13 de agosto, festividad de san Hipólito, como el momento exacto en que cesó la guerra al rendirse México-Tenochtitlan, el gran caudillo de Medellín, de hecho, se equivocaba. En realidad, la guerra no había hecho sino co-

¹³⁷ Alfonso Mendiola, *Retórica, comunicación y realidad: La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*, México D. F., Universidad Iberoamericana, 2003, p. 150.

¹³⁸ Nuria Soriano Muñoz, “Guerra y cultura histórica a finales del periodo colonial. El culto al conquistador Hernán Cortés entre el ejército borbónico”, en *Revista Complutense de Historia de América*, n.º 45, Madrid, 2019, pp. 239-260.

menzar. La caída de México-Tenochtitlan solo fue un episodio, el más importante sin duda, de una compleja operación bélica por el control de un espacio geográfico mucho mayor. Por ello, la Conquista no debe asimilarse en exclusiva a lo acontecido en la gran urbe mexicana. Es más, Hernán Cortés y sus capitanes hubieron de someter en los siguientes años unos trescientos señoríos por las armas, pero también abundaron las alianzas políticas y los reconocimientos interesados de la soberanía de Carlos I. Buena parte de las élites aborígenes pactaron con un nuevo señor para mantenerse al frente del dominio político de sus territorios. Así de sencillo. El gran mérito —o la gran sutileza— de Hernán Cortés fue conseguir que se asimilase la creación de Nueva España, de un futuro virreinato, en definitiva, a la acción de su persona en exclusiva y merced a una gran actividad militar. Por ello, hasta el día de hoy la tendencia más habitual ha sido la del acercamiento épico al personaje y sus éxitos. Es decir, de alguna forma el caudillo extremeño también habría “inventado” la conquista de México¹³⁹. Por otro lado, y merced a la pluma de numerosos cronistas, con Francisco López de Gómara a la cabeza, y como ya hicieran predecesores suyos en el Cuatrocientos con respecto a la figura de Fernando II de Aragón, el Católico, la de Hernán Cortés se benefició de la creación asimismo de la imagen de un “milite-poblador, muy superior por su competencia como gobernante no solo a los brutales e incompetentes despobladores de las Antillas, sino incluso a los españoles que se habían sucedido en la gobernación del Perú”¹⁴⁰. Ese Hernán Cortés conductor de hombres para hacer la guerra, ese Cortés destructor de un imperio, al mismo tiempo se benefició de una imagen elaborada de su persona, en la que él mismo participaría con sus escritos, que resaltaban sus dotes de estadista. Por ello fue tan fácil asimilarlo a los grandes héroes de la Antigüedad, aunque fuese demasiado a menudo de manera harta interesada y, por ello, acrítica.

¹³⁹ Bernardo García Martínez, “Hernán Cortés y la invención de la conquista de México”, en Martínez Martínez y Mayer (coords.), *Miradas sobre Hernán Cortés...*, *op. cit.*, pp. 23-47.

¹⁴⁰ José Luis Egío, “Acciones y virtudes políticas del Cortés de Gómara. Transcendencia secular de un juego de espejos”, en Martínez Martínez y Mayer, *Miradas sobre Hernán Cortés...*, *op. cit.*, pp. 151-178, cita en pp. 155-156.